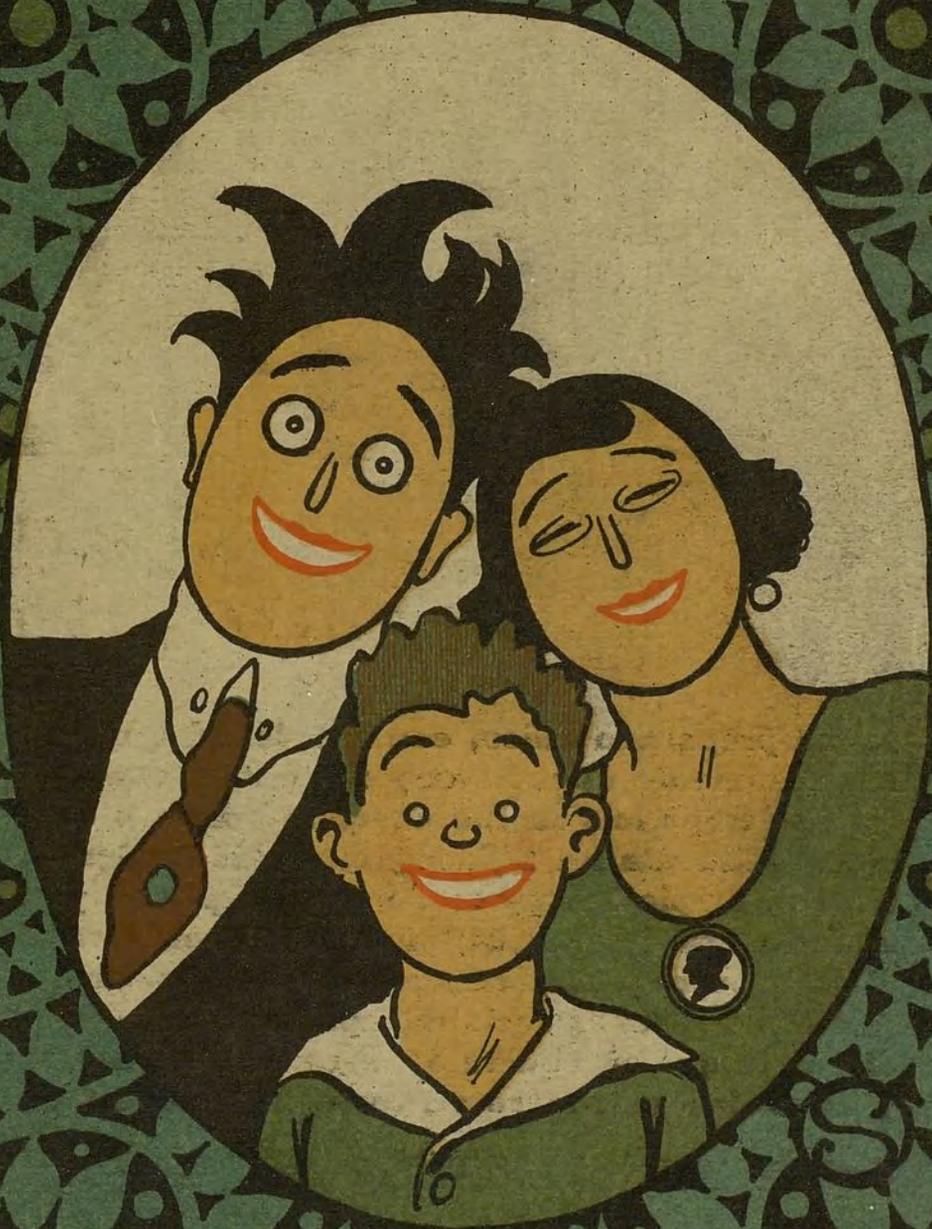


BUEN HUMOR



ALMANAQUE

1924

1 pta.

Ayuntamiento de Madrid



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad, limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía.

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

Cupón núm. 5

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de diciembre.

32.- Completamente chulo.

R R R R
UN HIJO DE LA HERMANA DE MAMÁ ACUDE CON LA VELA ENCENDIDA
C E R O

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 105.

33. — Espacio de tiempo.

— Tercia-dos esa prima-tercia y, a escape, detrás de aquellos dos rateros.
— Yo no tercio-prima un sofoco en balde.
— Pues queda usted cesante en este todo.

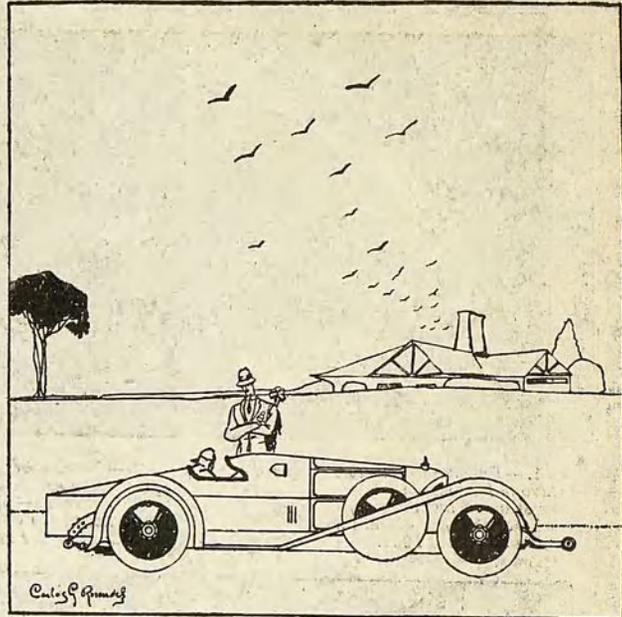
34. — ¡Bocaza!

CALDEO VISOR EN

35.-Pertenece al terremoto.

AFIRMACIÓN AFIRMACIÓN
FALTAR A UNA CITA

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial. LOGROÑO



Dib. ROSENDO. — Madrid.

— ¡Cómo he arreaol De San Sebastián aquí, tres horas.
— ¡Quita, hombre! Se te ha parado el reloj...



«CANTE JONDO» Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— Oiga, compare, cante osté pa uno menos, porque yo me marche...

Teniendo en cuenta que el primer sorteo de la Lotería del mes de enero es extraordinario, los billetes correspondientes a los premios del Concurso de noviembre serán los del primer sorteo del mes de febrero.

En el primer número del próximo año publicaremos la lista de los concursantes y la fecha en que ha de celebrarse en nuestra Redacción el sorteo de los premios.

36. — Hay quien la toma como hogar.

— No creo que estén muy en primas esos zaragüelles.
— Yo los uso porque fueron de mi abuelo. Es una muestra de gratitud que dos-prima a su memoria.
— Haces bien; pero te aseguro que el pobre viejo se pasaba la vida en la todo. Por lo demás..., siempre estaba borracho. ¡Sí que era un antepasado!

38. — De repostería.

FOLIO
50500
NOTA

37. — No lo fué el Cid.

1000 B
ESTÁ ECHANDO CHISPAS

CUPÓN

correspondiente al número 109 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

La Luna está triste



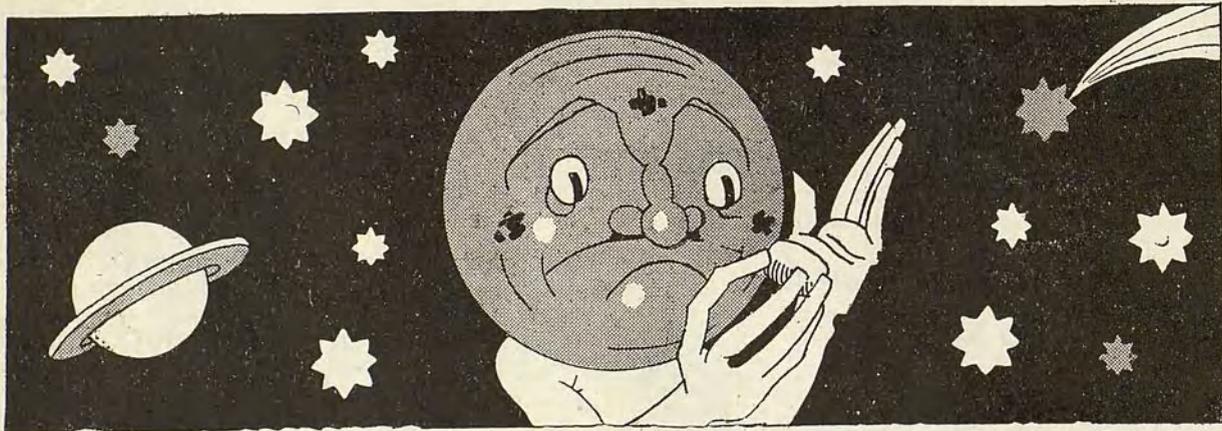
1. — Cuentan de un sabio que un día tuvo la feliz manía de estudiar, una por una, las manchas que descubría en la cara de la Luna.



2. — No comprendo en qué consiste, pero algún motivo existe, — dijo el sabio — para que la Luna, pálida y triste, todas las noches esté.



3. — Sin duda tus manchas son la causa de esa aflicción que te tiene compungida. Debes usar el jabón Flores del Campo en seguida.

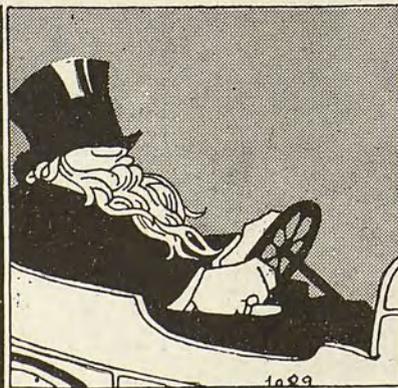


4. — Se quedó tan azorada, que no supo decir nada al astrónomo eminente; mas se puso colorada lentamente, lentamente...

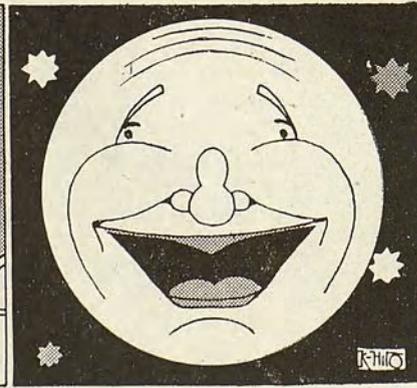
Buscando alivio a su mal, halló el jabón ideal, y, al verlo, dijo: «¿Aquí esto?» Es que Floralía lo ha puesto a una altura colosal.



5. — Este jabón es ahora el que su rostro avalora; con los encantos que encierra; no le dé vueltas, señora, que es lo mejor de la tierra.



6. — Nicanor, así se llama el astrónomo de fama que logró gloria y fortuna, al verlo, la gente exclama: «¡Limpió de manchas la Luna!»



7. — Desde que el buen Nicanor demostró tal maravilla, ¿no es verdad, ángel de amor, más pura la Luna brilla y se respira mejor?



JUICIO SIN JUICIO Al director de «Buen Humor».

¡Buenas están las cosas,
caro *Sileno*,
para hacer profecías
en tono ameno!
¡Cualquiera es hoy el guapo
que da la nota
de hacer juicios en serio...
ni en chirigotal
Y no es que no se pueda
salir del paso;
es que con chistes viejos
se va al fracaso.
Ya ni con cola pega
la profecía
de que a Cierva veremos
de ama de cría;
de que estrenará Weyler
ropita nueva,
y de que habrá sequía...
como no llueva;
de que darán el queso
bueno y barato,
y no tendrá la leche
bicarbonato;
ni hará frío en agosto,
ni habrá en enero
que marcharse a la playa
del Sardinero;
ni que algún ex ministro,
puesto en un brete,
tocará por las calles
el clarinete;
ni otras mil candorosas
majaderías,

Dibujo de Barbero.

con que antes los autores
de profecías
deleitaban a niños
y badulaques
en revistas con monos
y en almanaques.

Hoy, que estoy, buen *Sileno*,
desorientado,
este *Juicio* sin juicio
le he pergeñado...
sin meterme en honduras,
pues el Gobierno,
al que se escurre un poco
le manda al cuerno;
y como hoy está todo
fuera de quicio,
yo en seguidillas locas
le mando el *Juicio*.
Por más que nada tiene
de extraordinario,
no pierda usted el *Juicio*,
que es necesario...,
aunque acaso le prive
de estar sereno
el vivir entre monos,
caro *Sileno*.
(Y no extrañe le llame
caro, a mi modo,
que en los tiempos que corren
es *caro* todo.)

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



UN CUENTO DE CARNAVAL



Los hermanos siameses.

— «Renovarse o morir», que dicen las papeletas de empeño — exclamó Berúlez, que en este campo posee una vasta cultura —. Este año me disfrazo yo de algo original... ¡Abajo los payasos!... ¡Mueran los bebés!...

Y después de este alarido infantil, que le hubiese valido un abrazo de Malthus, dió en pensar el disfraz que había de ponerse.

— Un traje de astrónomo hecho con cascarones de huevo sería muy original; pero me saldría un poco caro, porque hay que ver lo que cuesta un huevo... ¿Y tachonado de estrellitas de oro?... También saldría caro, porque las estrellitas están por las nubes... Vamos a ver, vamos a ver; yo me disfrazaría de patriota...; pero no me iba a conocer nadie... Caray, esto de pensar en el disfraz, es más peliagudo de lo que parece... Si a Belorcio se le ocurriese algo original... Es difícil, porque, como es autor cómico...; pero, en fin, allá veremos...

Y se fué en busca de Belorcio, su amigo del alma, y le expuso sus dubitaciones.

Belorcio, que, a pesar de ser también autor cómico, era hombre de algún ingenio, discurrió fulminantemente:

— Vamos a disfrazarnos de hermanos siameses. Esto es más nuevo que el segundo trozo de la Gran Vía.

— Bueno; ¿pero eso de hermanos siameses...?

— Sencilísimo... Nos metemos tú y yo debajo de una bata de mi suegra que es muy resistente...

— ¿Tu suegra?

— La bata.

— Sigue.

— Procuramos no romperla, porque es de alivio.

— ¿La bata?

— Mi suegra.

— Sigue.

— Sacamos nuestras dos cabezas por arriba...

— Y nuestros cuatro pies por abajo...

— No; por abajo dos pies nada más.

El derecho mío y el izquierdo tuyo. Por la manga derecha, mi brazo derecho, y por la izquierda, el izquierdo tuyo. Y damos la sensación de hermanos siameses, no lo dudes. Un cuerpo y dos cabezas... ¿Eh?... ¿Qué tal?... Disfraz científico, disfraz de truco...

— Iremos en coche...

— Iremos a pie. Eso es lo original.

— Es que tengo la sospecha de que, entre mi pie izquierdo y el derecho tuyo, no vamos a poder dar un paso...

— ¡Anda, hombre!

— No voy a poder, Belorcio; ya lo verás...

— Digo que ¡anda, hombre; ya verás cómo si podemos! Y resultará menos molesto que andar a la pata coja.

Y como en Belorcio del pensamiento a la ejecución había menos distancia que de la Cibeles al Banco a la media hora de concebido el proyecto, bajaban los dos la escalera dando saltitos y perfectamente ataviados de «hermanos siameses».

En cuanto pisaron la calle, llamaron la atención. Daban la sensación perfecta del fenómeno. La gente exteriorizaba su asombro con estas o parecidas si que elogiosas frases:

— ¡Qué mamarrachos!...

— ¡Qué idiotas!...

— ¡Si que se va a divertir ese par de mulas!

— Eso es ser majadero con avaricia... Y otros piropos por el estilo.

A Berúlez se le ocurrió una idea genial. Escribir a Lolita, su novia, lo siguiente: «A las cinco pasaremos por delante de tu casa. Te vas a reír mucho. Por si bajas a besarme, te advierto que mi cabeza es la de la derecha. Es que vamos amarrados. Ya verás. No te asustes. Te adora — Berúlez.»

Enviaron la epístola y continuaron su exhibición para hacer tiempo. En el bar Tolillo tomaron varias copas; en el bar Trina, seis más, a tres por cabeza, y recalando en el primero, apuraron una botella de coñac. Como tenía que ser, comenzaron a darles vueltas las dos cabezas y a flojearles los dos pies. De repente, la cabeza de la izquierda — Belorcio — hizo una mueca extraña, seguida de un rumor de minúsculo torrente, y salpicó a la cabeza de la derecha — Berúlez —, por cuyo acto hubo de indignarse.





— Respira para otro lado, querido hermano, que salpicas.

— Cállate, Caín. Hace un cuarto de hora que te llevo casi a pulso, y aun no he protestado...

— Es que lo de llevarme a pulso será un sacrificio; pero lo de escupir es una indecencia...

— A mí no me llamas tú indecente, por muy hermano siamés mío que seas...

— Si tuviésemos quien nos separase, no me dirías eso...

— ¡Cobarde! ¡Para darte de *upas* necesitas tener quien te separel...

— ¡Ea, se acabó! — rugió Berúlez.

Y levantando su mano, la derecha, la sacudió repetidas veces contra la cara de Belorcio. Este repelió la agresión bizarramente, y no tardó en formarse corro en torno a aquel fenómeno, que daba la sensación de golpearse con sus propios remos. Berúlez se equivocó una vez y se atizó un morrón en un ojo a sí mismo, que se dejó la niña hecha una característica... Brotó la sangre, y la gente comenzó a darse cuenta de que aquello era algo más que una grotesca pantomima...

A las cinco en punto pasaban Berúlez

y Belorcio, hechos dos birrias y atados codo con codo, por delante de la casa de Lolita, que con ocho o diez amiguitas esperaban en el balcón «para reírse mucho»...

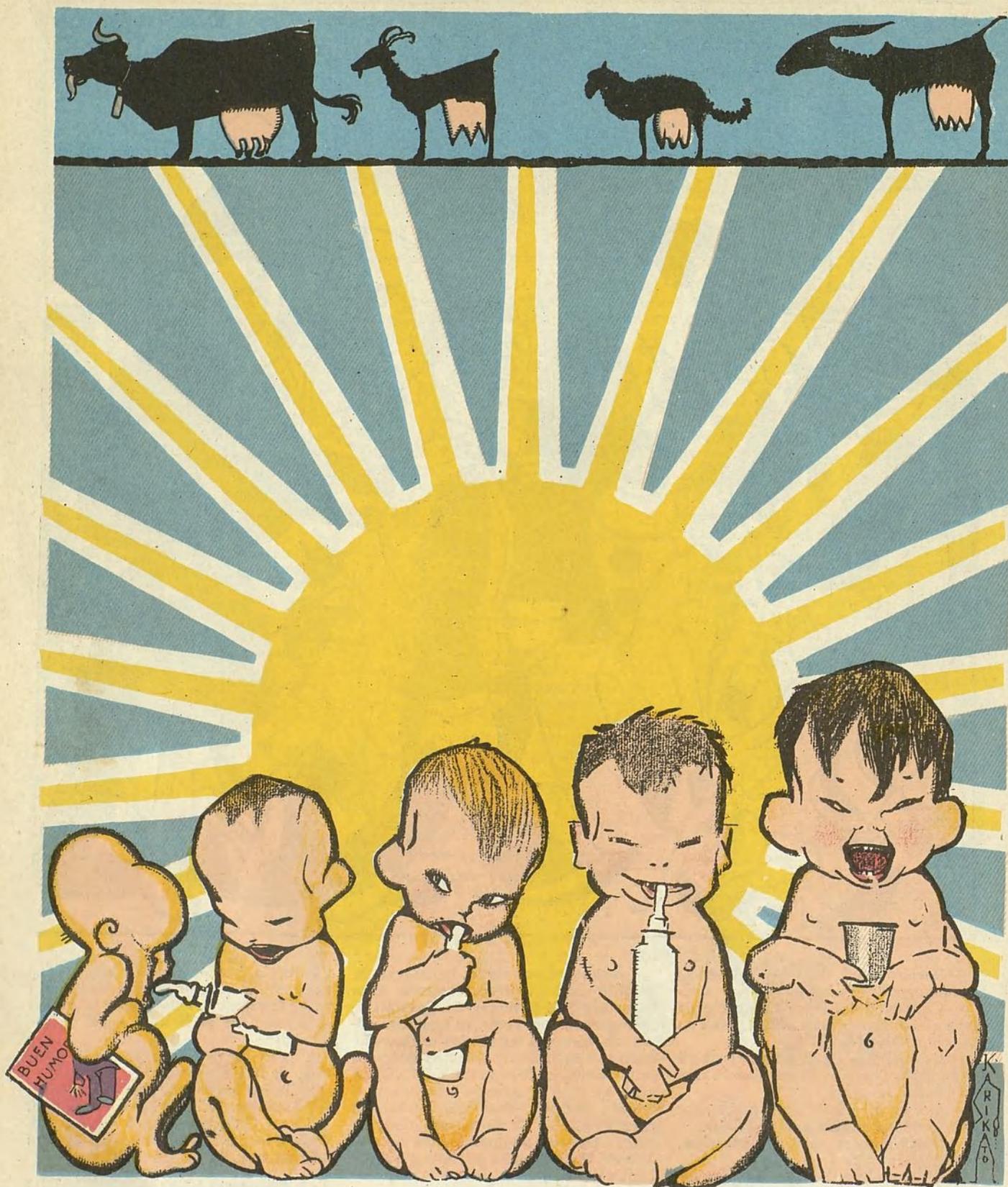
Y es lo que decía Berúlez en el calabozo de la Comisaría:

— Todos los renovadores hemos sufrido mucho... Ahí está Miguel Servet, ahí está Galileo, ahí está Colón, ahí, junto a la Casa de la Moneda..., ¡y aquí está un servidor de ustedes!!...

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO

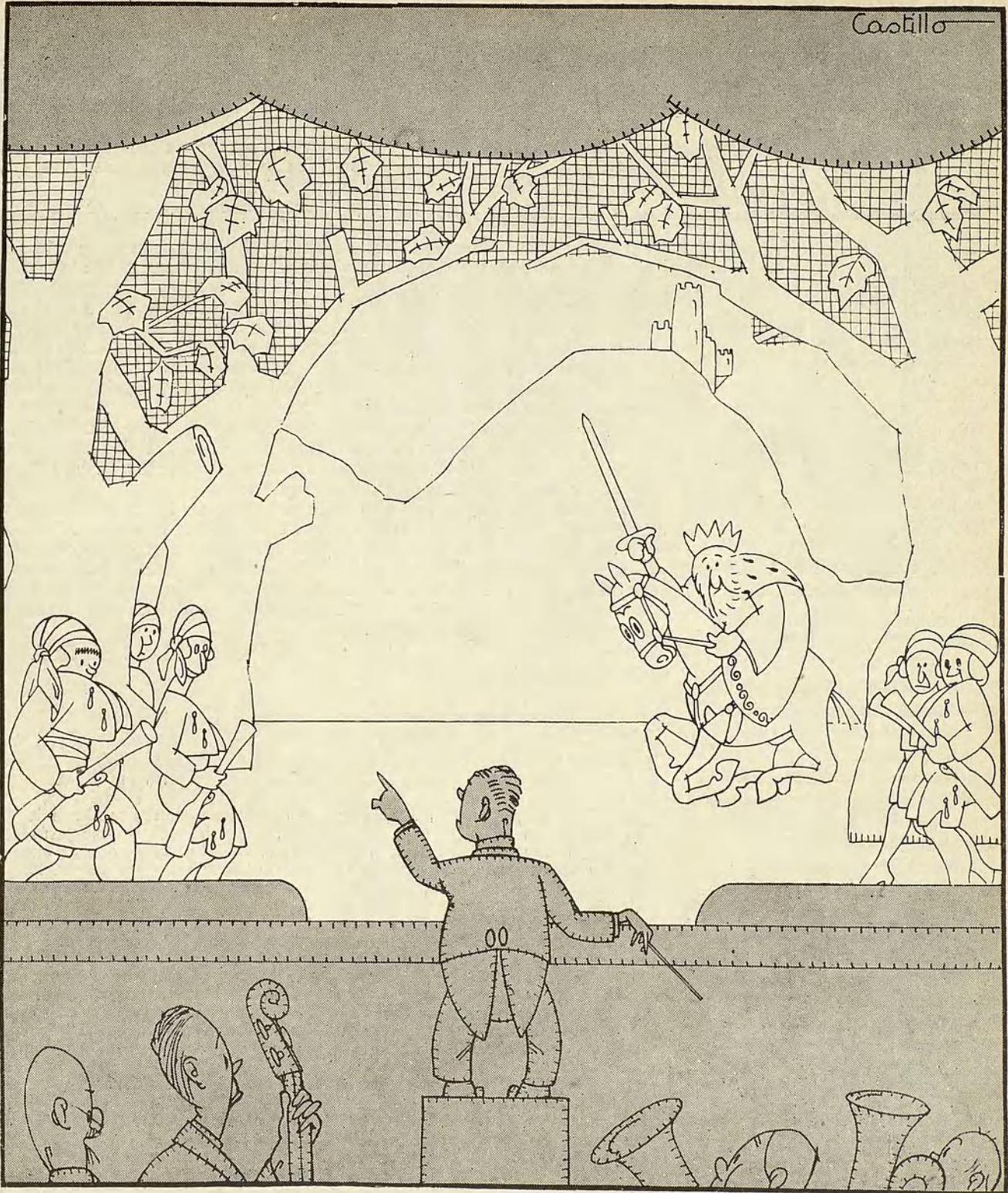
Dibujos de Garrido.

BUEN HUMOR al través de las edades.



Cuando en el hombre el BUEN HUMOR es crónico,
ya surge en el periodo biberónico.

Dib. KARIKATO.



Dib. CASTILLO. — Madrid.

ENSAYO GENERAL

EL MAESTRO. — Ahora os toca salir a veinte bandoleros por cada lado; robáis el rey y el caballo, y cantáis las cuarentá.

ENERO



Dib. SILENO — Madrid

ACUARIO

(Tiene treinta y un días, como de costumbre.)

1. — Santos Almaquio y Odilón.
2. — Santos Argeo y Sidirón, ambos mártires.
3. — Santos Gordio, Teonas y Topento.
4. — San Mávil y Santa Drafoza.
5. — Santa Apolinaria y San Gerlaco.
6. — San Nilamón, solitario.
7. — Santas Cirena y Eufrosina.
8. — Santos Deícola y Volusiano, confesores.
9. — Santa Marcionila.
10. — San Agatón, presbítero.
11. — Santa Honorata, virgen.
12. — Santa Liberata, virgen también.
13. — Santos Agricio y Vivencio.
14. — Santos Dacio y Malaquías.
15. — San Efisio y Santa Sinclécia.
16. — Santos Melán, Othón y Acurso.
17. — Santos Eusipo y Meleusipo.
18. — Santos Leobardo y Atenógenes.
19. — Santos Audifacio y Germánico.
20. — Santos Neófito y Eutinio.
21. — Santos Augurio y Mainardo.
22. — San Luftolde.
23. — Santos Aselas y Parmenas.
24. — Santos Epolonio y Babilas.
25. — Santos Proyecto y Poppón.
26. — Santa Batilde, reina.
27. — Santos Emerinto e Isacio, virgen.
28. — San Leónides, mártir.
29. — San Papias, mártir también.
30. — Santa Aldegunda y San Barsimeo.
31. — Santos Metrano y Geminiano.

SANTORAL SELECTO

San...Toral es un solo santo, al parecer; pero realmente es la enumeración biográfica de muchos santos.

¿Por qué no figuran todos en los almanaques que de ordinario se publican? ¿Por qué razón se ha de dar preferencia, por ejemplo, a San Simplicio y San Pánfilo sobre San Aristónico y San Patoclo?

Los eliminados exigen una reparación, y como al efecto se dirigen a mí, en este *camelario* la hallarán cumplida.

He aquí la carta recibida en mi domicilio y fechada en la corte celestial:

«Apreciable D. Juan: Mucho estimaremos a usted que tenga la amabilidad de darnos cabida en el santoral que piensa usted insertar en BUEN HUMOR, reparando así la injustificada preterición de que, tanto en los almanaques como en los templos, somos víctimas, y ante la cual no basta la paciencia de un santo. Sin más por hoy, tienen el gusto de ofrecerse a usted afectísimos y seguros servidores. — Por los mártires, *San Elpideforo*. Por los obispos, *San Asceplíades*. Por los confesores, *San Frontón*. Por las vírgenes, *Santa Palaciata*.»

En vista de esta atenta epístola, y guiado a la vez por el más refinado modernismo, he considerado oportuno hacer caso omiso de los santos sobradamente conocidos y manoseados, dedicando el sitio de éstos a los que se me quejan de su «injustificada preterición».

Y como no faltará lector que ante la rareza de los nombres juzgue irreverente chirigota mía lo que es rigurosa exactitud, respondo con la cabeza (1) de que todos los santos comprendidos en este *santorale* (que va distribuido en diferentes páginas de este número) viven, efectivamente, con más o menos desahogo, en la mansión de los justos y cabales, y figuran por derecho propio en el conocido catálogo que cierto sacristán denomina *Martirio de Eulogio el Romano*.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

(1) Haciendo signos afirmativos.

ENERO EN VERANO

Recibimos de la República Argentina una carta que dice:

«Estoy harto ya, señores míos, de ver que se preparan ustedes a festejar la Nochebuena, el Año Nuevo, los Reyes y demás arropándose cuanto pueden, encendiendo la chimenea y frotándose las manos, no de gusto, sino de frío, y para entrarlas en calor.

«Nosotros, aquí, en Nochebuena, nos estamos achicharrando de calor, o poco menos, y es mucho cuento ése de que ustedes exploten con detalles sentimentales los fríos de esa época, como si el mundo entero tuviese que estar soplando los dedos y arrimándose al ascua sólo porque ustedes se hielan.

«Yo he buscado en la Biblia a ver si encontraba nieve en Belén y a ver si los Magos pasaban frío en el viaje; no he visto que hable de eso; y pues no habla, déjense ustedes ya, señores míos de Occidente, déjense ya de espolvorear con harina el Nacimiento, de llenar con escarcha las estampas alusivas y con azucar imitativa las poesías invernales de la Pascua.

«Aquí, decir enero, decir 24 de diciembre, quiere decir sudar la «gota gorda»...

«Lo que a nosotros nos llena de piedad, no es la idea de que Jesús esté desnudo, sino la de que el buey le esté echando vaho por los hocicos, y la de que esté sobre un lecho de paja, ¡con el calor que da la paja!... ¡Y en enero!... ¡Si fuera en agosto; pero en enero, santo cielo, que cae el sol que aplana!...

«¿Están ustedes seguros de que los Reyes Magos llevaban mantos de armiño, piedras preciosas y coronas de metales macizos?... ¿No llevarían abanicos, refrescos de coco y coronas de jipijapa?... ¿No irían en mangas de camisa?... ¿No le aconsejarían al Niño, con ingenuidad propia del tiempo, que aprovechase las pajas del establo para sorber mazagrán o naranjada?...

«Es lógico pensar que los Magos, llevados por su buen deseo, quisieran ofrecer al Niño lo que más útil le fuese; que desearan para el prójimo lo que deseaban para sí. Es de suponer que los Magos, como tales, conocieran secretos mágicos para elaborar productos refrescantes. Ellos eran entonces, de fijo, como si dijéramos, los *barman* de las épocas; y puestos a ofrecer algo que se agradezca, créanme que en diciembre

lo que se agradece es una ducha, y no una salamandra.

»Si ustedes, al poner por todas partes tanta nieve, quieren mover a compasión, por figurarse que lo terrible es el invierno y no el verano, pecan contra Naturaleza y contra Biblia. No hay casi nadie que huya del invierno, y, en cambio, toda la Humanidad se desbanda en el verano. Lo horrible es el calor; y las Escrituras lo dicen: sudar fué para el hombre el bíblico castigo. Ganarse el pan sudando, eso es lo malo, porque para eso no hay remedio. No se le ocurrió al Padre del Edén decir: «Ganarás el pan helándote», porque todo el que se gana el pan entra en calor y no se hiela. Los únicos que se hielan en el mundo son los pobres sin trabajo, porque no les dejamos ni el recurso de poderse ganar el pan, aunque sea sudándolo.

»Jesucristo sudó en el Monte de los Olivos; pudo quedarse helado al vez que

se le dormían los discípulos, y, sin embargo, no: sudó. Los desaprensivos, los que no tienen ley ni escrúpulos, son los que se quedan *tan frescos*, los que no pasan peligros: señal de que la frescura es lo agradable. Del frío nos puede librar incluso el refugio de una cuadra y un simple buey que nos eche el aliento; pero ¡del verano!... ¡De este terrible verano de diciembre!...

»Vayan, pues, señores de Occidente, pensando en variar eso, y déjense los trucos de la nieve para ocasión más propia.

»Y vayan también pensando en dejar de ser, por ahora, *señores de Occidente*. Esa es otra: ustedes no están en Occidente; los que estamos en Occidente somos nosotros. El mundo da muchas vueltas, y el Occidente ha cambiado de sitio. Pongamos las cosas en su punto.»

MANUEL ABRIL

FEBRERO



Dib. SILENO - Madrid

PISCIS

(Este año tiene veintinueve días.)

1. — San Pionio, mártir.
2. — San Firmo, mártir también.
3. — Santos Setentrio y Celerino.
4. — Santos Fósculo y Remberto.
5. — Santa Calamanda, mártir.
6. — Santos Amando y Guarino.
7. — San Moisés, virgen.
8. — San Juvencio y Santa Cuenta.
9. — San Nicéforo, mártir.
10. — San Zótico y Santa Austreverta.
11. — Santos Maneto, Moneti y Dativo.
12. — Santos Amideo, Sosteneo y Ugucio.
13. — Santos Lucino y Policeto.
14. — Santa Felícola, mártira.
15. — Santos Cratón y Decoroso.
16. — Santos Magno y Onésimo.
17. — Santa Prepedina.
18. — San Cutias y Santa Cristiana.
19. — Santos Auxibio y Barbato, obispos.
20. — San Sadot.
21. — San Pataterio, mártir.
22. — San Milo, obispo nada más.
23. — San Pretextato y Santa Milburga.
24. — San Montano.
25. — Santos Abertano, Sérvulo y Tarasco.
26. — San Néstor, obispo y mártir.
27. — San Antígono y Santa Besa.
28. — San Lupicinio, abogado, confesor, virgen y mártir.
29. — San Macario.



EL TELÉFONO,
O UN AMIGO FIEL

Dib. MENDA. — Madrid.

ALMANAQUE DEL BOLSILLO

Enero.

1.º, deuda en creciente;
14, bolsa en menguante;
21, trampa adelante...
y así sucesivamente.

Febrero.

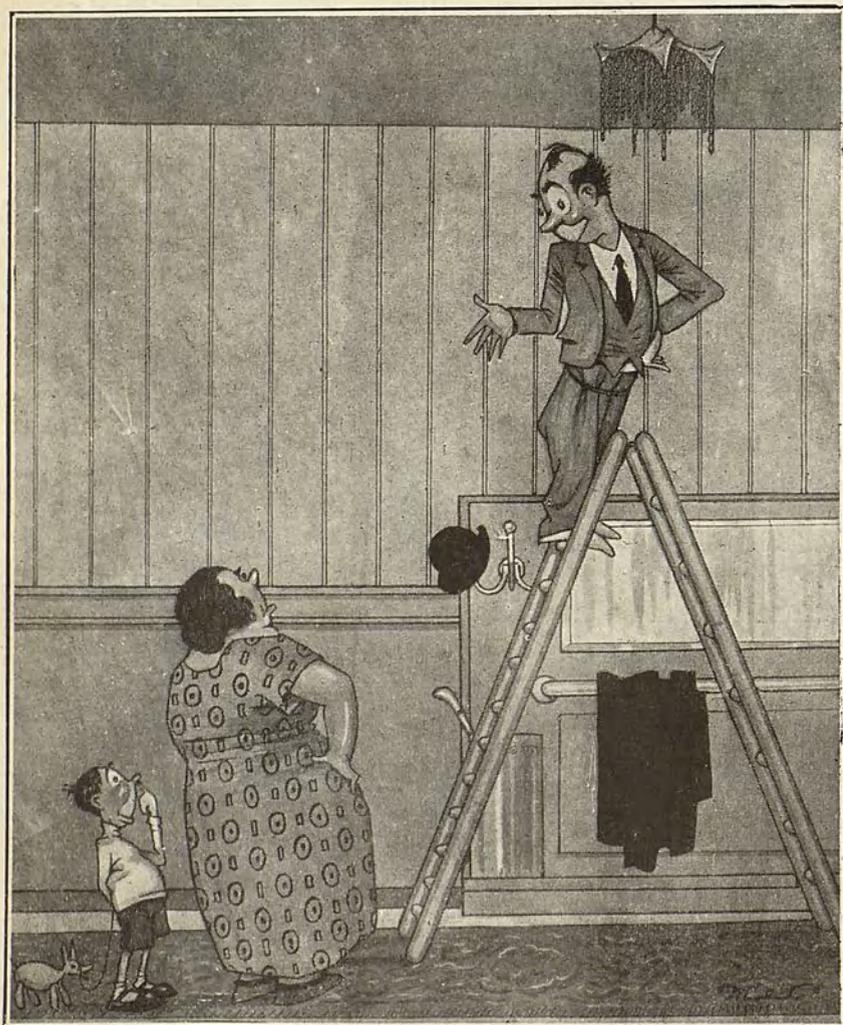
¡Como el mes es vario y loco,
espero de buena fe
que unos días no tendré
dinero... y otros tampoco!

Marzo.

En mes de viento violento,
que no deja de soplar,
claro está que ha de reinar
en mis bolsillos el viento.

Abril.

Este mes, puro y tranquilo,
al decir de los poetas,
eclipse de las pesetas
y cosas por el estilo.



Dib. MEL. — Madrid.

— *Pues le diré... La luz no puedo arreglársela ahora, porque no he traído el flexible.*

— *¡Caramba!... Pues yo, flexible no tengo...; pero si le sirve el hongo de mi marido...*

Mayo.

Cuaja de pronto un nublado
en la atmósfera serena,
y tan a menudo truena,
que está uno siempre tronado.

Junio.

Baños, aguas sulfurosas,
que aumentan mi presupuesto.
¡Un prestamista modesto
se baña en agua de rosas!

Julio.

Calurosas agonías
en el orden astronómico.
¡Termino el año económico
a fuerza de economías!

Agosto.

¡Están, por falta de trigo,
tan vacíos mis graneros,
que sólo los usureros
hacen su agosto conmigo!

Septiembre.

¡Salen de madre los ríos,
con la excepción, poco grata,
de que el Río de la Plata
no sale más que de tios!

Octubre.

¡Las hojas en este mes
van cayendo sin sentir,
y al mirar mi porvenir
se cae el alma a los pies!

Noviembre.

Mes de fúnebre memoria
de los seres que finaron.
En este mes me ganaron
un billete (que esté en gloria).

Diciembre.

¡La loterial... ¡Dios mío!
¿Quién no sueña que la alcanza?
¿Quién no *abriga* una esperanza
en este tiempo tan frío?

Resumen.

Siendo así el año, a mi ver,
resulta el Año Cristiano,
pues lejos de ser *pagano*
vivo esclavo del *deber*.

Juicio del año.

Año: puesto que por ti
me veo en el precipicio,
cuando me citen a juicio,
tú responderás por mí.

CARLOS LUIS DE CUENCA

BUEN HUMOR al través de las edades.



Dib. BARBERO.

El BUEN HUMOR, pasada la lactancia,
continúa triunfando entre la infancia.

Ayuntamiento de Madrid

EL AÑO JUZGADO POR LAS ARTISTAS



ENERO
CATALINA BÁRCENA
DEL
TEATRO DE ESLAVA,
DICE

¿Mi opinión sobre el primer mes del año?...

No quiero opinar contra enero, porque no me ha hecho nada malo, ni a favor, porque temo que se ofendiera febrero.

**

FEBRERO
LORETO PRADO
DEL
TEATRO DE LA LATINA
DICE

¿Qué opino del mes de febrero? Que es demasiado loco. Y no es eso lo peor. Lo peor es que, como «un loco hace ciento», los demás se van contagiando de una manera, que ya no es de fiar ni noviembre, el mes serio por excelencia.



MARZO
AURORA REDONDO
DEL
TEATRO DE LA COMEDIA
DICE

«Marzo, ventoso, y abril, lluvioso, sacan a mayo florido y hermoso.»

Por tanto, a mí tiene que soplar la musa para hacer unas líneas acerca del mes de los vendavales.

Es el mes que nos levanta las faldas al ir por la calle, y es entonces cuando hay que *contemplar el vuelo que tiene la falda*.

En marzo, además de procurar que no se nos vuelva el paraguas del revés con el aire, tenemos la preocupación de felicitar a los Pepes que celebran su santo, y que son una muchedumbre más numerosa, desde luego, que la de los fascistas españoles.

El espectáculo más divertido de este mes es contemplar las carreras que hay por las calles en persecución de los sombreros que arrebató el viento.

El artículo me ha salido en un vuelo, quizás demasiado a vuela pluma, y con cierto aire de vulgaridad, por lo que estoy *volada*...

EL AÑO JUZGADO POR LAS ARTISTAS



ABRIL
ARGENTINITA
DEL
TEATRO DE MARAVILLAS
DICE

¡Ay, el mes de abril!
Ese ay primero es un suspiro. ¡Cada vez que en el calendario le entra el turno al mes de abril, yo me desmayo.

Y no es por nada, ¿eh? Es que es el mes del agua — ¡porque cuidado si es lluvioso! —, el de las flores y el de los pájaros.

Como si dijéramos: el amo de lo cursi... ¡La locura en treinta días!

Supongo que ustedes no se indignarán por las cosas que no estoy diciendo de abril.

Quedamos en que el mes de abril es el mes de los pájaros.

De modo que, en vista de eso, no digo ni pío...

MAYO
LUISA RODRIGO
DEL
TEATRO DE LARA
DICE

Para mí el mes de mayo tiene la ventaja sobre los demás meses del año (aparte de su belleza, cantada infinitas veces por todos los poetas que en el mundo son y han sido), la de que todos los años, por esta época, vienen a Madrid, de su pueblo, para adorar a nuestro santo patrono, y además a hacer compras, unos parientes *muy queridos* que me obligan a dedicarles todo momento que mis ocupaciones me dejan libre, y con este ajeteo recupero *la línea*, idea obsesionante que actualmente tiene toda mujer.



JUNIO
EUGENIA ZÚFFOLI
DEL
TEATRO DE LA ZARZUELA
DICE

¿Que qué opinión tengo yo del mes de junio?

¡Ahí es nada, opinar! Yo no he visto en mi vida nada tan difícil como dar opinión sobre una cosa, y si esa cosa es un mes, la dificultad crece de una manera, que ni que tomase una sobrealimentación para el crecimiento.

No quiero guardar secretos para los lectores de BUEN HUMOR. Así es que les voy a decir la verdad.

¿Se la digo?... ¿No se la digo?... ¡Sí, sí; se la digo!

¡Bueno!

Pues la verdad es que no se me ocurre absolutamente nada que decir del mes de junio.

MARZO



Dib. SILENO Madrid

ARIES

(Tiene treinta y un días cabales.)

1. — Santos Hiscio y Suiberto.
2. — Santos Absalón, Basiles y Ceada.
3. — Santos Asterio y Basilisco.
4. — Santos Agatodoro y Efrén.
5. — Santos Focas, Kieran y Gerásimo.
6. — Santa Basa y San Cadroas.
7. — Santos Gaudioso y Felicitas.
8. — Santas Beata y Herenia.
9. — San Paciano, obispo y confesor.
10. — Santos Aneto, Drotoveo y Átalas.
11. — Santos Talo, Tráfimo y Piperión.
12. — San Teófanos.
13. — Santas Arabia, Kenocha y Niu-fodora.
14. — Santas Madrona y Leocricia, vírgenes.
15. — Santos Especioso y Probo.
16. — Santos Ludgerio, obispo, y Largo.
17. — San Agrícola, obispo solamente.
18. — Santa Quintila.
19. — Santa Cuartila.
20. — Santos Arquipo y Wulfrano.
21. — Santos Filemón y Birilo.
22. — Santas Galínica y Lea.
23. — Santas Aquila y Pelagia.
24. — Santos Agapio y Timolão.
25. — Santos Boroncio y Camino.
26. — Santos Ammonio e Ireneo.
27. — Santa Zanita y San Narsetes.
28. — San Guntrano, regular nada más.
29. — Santos Beraquiso y Bertoldo.
30. — Santos Donino y Régulo.
31. — Santos Anesio y Renovato.

ARCHIVO CURIOSO

Mi archivo va escogiendo las cosas. No quiere llenarse de fodo y estar abrumado por la basura de los recortes.

Entre las cosas que tenía guardadas, estaban estos retratos reveladores, que están hechos en los más pintorescos instantes históricos de cada autor.

Todos fueron en su juventud tipos que después han resultado más apañados, o con la expresión más hecha, más retocada, más confeccionada.

Lo mefistofélico, lo palaciego, lo pretencioso, les llegó después. Primero tuvieron tipo de carpinterillo, el uno; de peripuestos poetas de concurso provincial, los otros; de autor dramático de gabinete cachupinal, el otro; etc. Es grato encontrarse con esa simplicidad que aparentan en esas fotografías olvidadas.

En las cómicas — eso para el año que viene — hay como reencarnaciones raras, y todas parecen haber embellecido



Retrato juvenil de Linares Rivas.

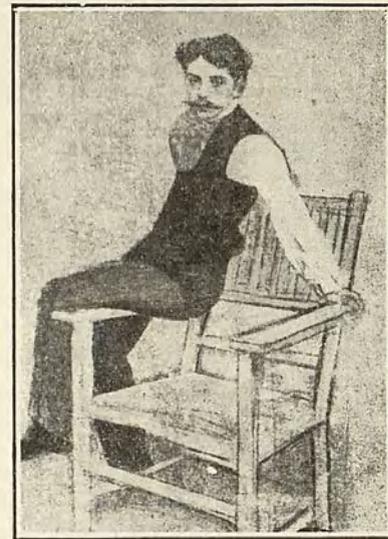
y haberse elegantizado según han avanzado en la vida. ¡Qué cuerpos, con las ballenas fuera y los broches del corsé rebeldes, retorcidos, encrespados!...

Ese momento estudiantil de un autor, su hora de las casas de huéspedes y los insomnios, le hace más humano en la historia de la literatura. No son esos retratos los que se reproducen cuando dan el premio Nóbel a los escritores, sino los que quedan postergados, escondidos, caídos detrás de las librerías.

Hay un autor que ha tenido un tipo en su juventud, antes de dejarse el bigote o antes de quitársele, que aclara toda su personalidad.

— ¡Vamos, ahora me lo explico todol — se nos ocurre exclamar ante ese retrato en que aparece un ser distinto, que después se ocultó o disimuló hasta no parecer el mismo —. ¡Ahora me doy cuenta de por qué tiene esa cosa menestral la prosa de ese autor!...

Mayores transformaciones se encon-



Eduardo Marquina.

trarían en los autores si pudiésemos encontrar fotografías intermedias, aquella en que se les pronunció su tipo vegetal y aquella otra en que se les vió momentos antes de realizar su evolución entre el mono y el hombre. ¿Dónde fué a parar esa fotografía eslabón?...



Asenjo y Torres del Álamo cuando fueron premiados.

Muchas veces no se acuerda el mismo autor de haber sido de esa o de la otra manera. Es como si fuesen de otra generación, o como si hubiesen sido cambiados durante el sueño de una noche decisiva.

En ocasiones mataría el escritor co-



Ramón López Montenegro haciendo el amor a Anita Siria en el Botánico.

leccionado a ese coleccionista que tiene una fotografía de cuando él era un gorila o de cuando era un hipopótamo. Como esos ladrones que no buscan dinero y alhajas, sino los papeles de las embajadas, él se deslizaría con su linterna sorda, como serpiente humana de las alfombras, y robaría en ese archivo su retrato delator, el retrato de niño zangolotino o de pollo líquido que duerme en el libro simulado en cuyo lomo figura el título de *Fauna literaria*.

¡Qué de sorpresas en esa colección de fotografías singulares! ¿Quién nos iba a decir que tuvo una barba tan tupida y larga ese tipo que hoy parece barbilampión y como recién salido de la crisálida ruborosa?... ¿Cómo íbamos a suponer que ese prócer de las letras fuese antaño un carbonero tan específico, o que ese otro pareciese músico de banda callejera antes de ser tan buen poeta?

Los que se retrataron con bombín son los que más sufren la penitencia en esas fotografías retrospectivas, y siempre estarán arrepentidos de sus hongos sacristanescos...

Hay también corbatas y chalecos como pecados imborrables de juventud; alguno tan mortal, que fué como peritonitis del escritor, muerto en su juventud de resultas del cólico miserere que supone, por lo menos, un chaleco así.

¿Servirán para reconocer a los genios del futuro estos retratos y configuraciones del primer pasado de los que triunfaron? De nada. Ese niño con tipo de

badulaque, que se parece al grande hombre cuando era un niño, será un badulaque inevitable e impecinable.

Siempre las mamás crearán, sin embargo, que en todo infante suyo anida el genio; y cuando el niño llega con un opulento chichón, temen que el golpe haya podido malograr su genialidad. Gracias a que con un duro fuerte remeten hacia dentro el talento que amenazó con salirse.

A todos esos hombres, de cuya época informe tenemos una fotografía, les hizo lo que son una pura casualidad; aquella tarde desesperada en que, paseándose por el Retiro, adquirieron el atisbo salvador; aquella merienda improvisada en cuyo bocadillo de jamón encontraron la idea; aquel insomnio en que vieron de pronto en el techo de la oscuridad todo el proyecto de arte que después realizaron.

Yo sólo entrego al público unas cuantas fotografías envejecidas, porque su sitio está en un almanaque, en esa obra



Jacinto Benavente leyéndole a Thuiller una de sus primeras comedias.

para el año que viene que tiene toda la vejez de la eternidad remota, y que sólo el humorismo — que es en lo que está la salvación del mundo — consigue que no se parezca al del año pasado.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

ABRIL



Dib. SILENO. — Madrid

TAURO

(Tiene treinta días nada más.)

1. — Santos Hugón y Tesifón.
2. — Santos Anflano y Necesio.
3. — San Nicetas y Santa Agape, virgen.
4. — Santos Agatópolis y Platón, már tires.
5. — San Pelusio, virgen.
6. — San Dragón, confesor.
7. — Santos Affraaates y Hegesippo.
8. — Santos Edio y Conceso, mártires.
9. — Santos Eupsiquio y Prócoro.
10. — San Terencio, mártir y viuda.
11. — Santos Antipas, Donión y Barsanucio.
12. — Santa Visia y San Nausilipo.
13. — Santos Dadas y Urso, confesor.
14. — San Ardallón y Santa Bona.
15. — Santos Eutiques y Marón, mártires.
16. — Santos Apodemio y Optato.
17. — Santos Mapalicio y Pantagato.
18. — San Cazolero, mártir.
19. — Santos Gálata y Aristónico.
20. — Santos Aceridino y Crisóforo.
21. — Santos Crotatas y Apolo, mártires.
22. — San Solero y Santa Señorina.
23. — Santos Aquileo y Máxolo.
24. — Santos Egberto, Neón y Nenón.
25. — Santos Evodio y Macull.
26. — Santa Exuperancia, virgen.
27. — San Antimonio y Santa Zítara.
28. — Santos Cronán y Didimo.
29. — San Agapio, obispo y mártir.
30. — San Erconvaldo, obispo nada más.



Era en primavera. Nevaba furiosamente.

Cada vez que Basilio Iturceta se topaba con un librito de versos, veía indefectiblemente una composición que se titulaba: «Oración a la primavera», «¡Oh, la primavera!», «Saludo afectuoso a la primavera», «Rosas de primavera», «La primavera en Castilla», «La primavera en la cuesta de las Perdices», «Se primavera», «¡Vaya primavera la de este año!», o algo por el estilo.

En aquellas columnas de versos los poetas se sindicaban para decir todos lo mismo. Según ellos, la primavera era una estación como para compararla a la del Quai d'Orsay. Flores, perfumes, sol, cielo cerúleo, optimismo...

Iturceta ignoraba cómo eran las primaveras en las islas Malvinas; pero podía afirmar que en Madrid, durante los meses de marzo, abril y parte de mayo, tenía que salir a la calle con gabán peleado para no quedarse más escarchado que el anís en cualquier calleja del extrarradio.

En el momento de comenzar esta historia comprimida, nació para Basilio la primavera veintisiete, y se gozaba de una temperatura, que nuestro héroe se había visto obligado a envolver el termómetro balconoide en una bufanda, a fin de que el Reaumur no se declarase en huelga definitivamente. El mercurio



se hallaba más encogido que un acordeón ocioso, y el vidrio que servía para encerrarle estaba próximo a saltar, como si tuviera un precipicio delante.

Estas observaciones las hizo mentalmente Basilio, la frente pegada a la cristalera del balcón, aquella mañana primaveral. ¡Primavera!... ¡Bueno; lo aficionado que eran a poner motes los madrileños!... Envueltos en pieles y en telas gruesas discurrían en aquel momento por la calle... Lo de discurrir lo hemos dicho por decir algo: con aquella temperatura no era capaz de discurrir ni un matemático. La nieve caía con una voluptuosidad musulmana, y los copos cubrían rápidamente los objetos, a pesar de la reciente disposición en que se prohíbe el copeo.

— ¡Y pensar que los que viven en los trópicos estarán ahora rehogándose al aire libre!...

La frasecita no era como para incorporarla al repertorio de exclamaciones célebres, pero tenía su miaja de filosofía kantiana.

Quedamos en que Basilio tiritó de un modo que se le cayeron dos botones del pijama. El lector o la lectora pensarán que aquel movimiento frigorífico llevó a Iturceta a introducirse en el lecho nuevamente, abandonando el mundanal ruido para calentarse bajo el embozo; pero quien lo piense, mete el *rómulo*, porque no ocurriría así. Basilio era tres cosas: huérfano, suscriptor de *El Liberal* y nevófilo. Este vocablo, de nueva formación en nuestra lengua, significa «partidario de la nieve». Basilio amaba la nieve como se ama el arroz en la Indochina.

Lo cierto es que Basilio adoraba los copos, y aquella nieve primaveral le movió a echarse a la calle a disfrutar de los catorce bajo cero. ¡Una piña al kirsch!

Envuelto en un ruso un poco soviético, que había adquirido el año anterior, y calzado con unas botas de piel de becerro a medio lidiar, que eran la orgía en coturnos, Iturceta se lanzó a la calle de Alcalá y bajó hasta la Cibeles.

Basilio respiró gozoso en su elemento. ¡Aquello se llamaba vivir, y lo demás, aceitunas aliñadas! Y es que Iturceta era uno de esos individuos a quienes se envía deportados a Siberia durante veinte añitos, y regresan con una pléto-ra de existencia que da miedo.

Nuestro héroe enfiló el Prado, convertido en estepa, y se sentó en un banco, frente al de España. La nieve caía, como si no pudiese tenerse en pie, cubriendo todas las cosas. El paseo estaba solitario, y aquella soledad sólo se turbó, durante un buen rato, por el paso de un oficinista que se dirigía a Fomento con un expediente debajo del brazo.

De un modo despiadado, la nieve cubría al oficinista y cubría el expediente.

Basilio seguía en el banco, igual que un cuentacorrentista pelma. Y de pronto...

De pronto... ¡aquí viene lo bueno!... Iturceta vió avanzar hacia él a una joven pelirrubia, vestida con unas gasas transparentísimas, al través de cuyo tejido se veía su cuerpo desnudo y amoratado, con la cabellera suelta y coronada con unas rosas pachuchas. Basilio se quedó como quien ve visiones astrales. La jovencita en cuestión, que venía soplandose los dedos, llegó hasta donde se encontraba nuestro amigo, se inclinó y se acomodó a su vera en el banco, haciéndose un verdadero ovillo. En el mismo momento de acomodarse, susurró con voz débil:

— ¡Vaya un modo de hacer el indio! Basilio casi perdió el habla. Conven-gamos en que tenía razones para no volver a utilizar el aparato vocal. ¡En un día de frío espantoso, en un día en que todo el mundo discutía, para apaciguar el frío con el calor de las discusio-



nes, una muchacha se paseaba desnuda por Madrid, y, ¡lo que era más grandel, se acurrucaba en un banco del paseo del Prado!...

— Una de dos — se dijo Basilio —: o esta chica está más loca que un velocípedo, o es hija de ¡Amundsen, y tiene un entrenamiento antártico a prueba de bronquitis!...

Luego, como la cosa resultaba muy fuerte, Iturceta se dirigió a aquella chica respetuosamente:

— Señorita...

La otra le contestó con un gruñido.

— Eso son reminiscencias polares — se dijo Basilio.

Y en voz alta exclamó:

— Señorita... ¿Quiere usted que la compre un traje del doctor Rasurel?

El ofrecimiento, oportunísimo, cayó en el vacío. Iturceta, convencido de lo que ya había sospechado, dijo:

— ¿Tengo el gusto de hablar con la hija de Amundsen?

La chica levantó la cabeza, miró a Basilio fijamente y contestó con mal aire:

— ¿Pero aun no me ha reconocido usted, estúpido?

— Señorita; en esa traza la ve su honorable padre y no la reconoce tampoco, aun a riesgo de armar un lío en el Registro civil.

— ¡Soy la Primavera!

Basilio la miró con la boca abierta. Vinieron a su mente las revistas de Perrín y Palacios, en donde la Primavera estaba siempre representada por una tiple gordifloncilla, y articuló esta observación:

— Me parece usted muy delgada para hacer de Primavera.

— ¿Cómo para hacer?... ¡Es usted idiota, caballero! Yo soy la verdadera Primavera. ¿Qué?... ¡Es que pensaba usted que no existía?

Basilio se inclinó asintiendo.

— ¿Sería usted tan amable que me contase cosas de su vida? — interrogó el joven.

La Primavera se entristeció.

— ¡Mi vida! — musitó con acento apagado —. ¡Ya la ve usted! Cuando se crearon las Primaveras, Cronos el decrepito nos señaló a cada una el escenario en que debíamos actuar. A mí me señalaron Madrid. Todos los años, la noche del 20 al 21 de marzo, abren la puerta del Espacio, el viejo me da un empujón y me lanza sobre Madrid. Ya no puedo volver a mi casa hasta tres meses después.



— Pero, hija mía, ¿y por qué se viene usted tan ligera de ropa?

— ¿Es que olvida que soy la Primavera, con capa? ¿Voy a llevar guantes? En mi tiempo deben abrirse las flores, el circo de Price, el parque de recreos, el Paraíso y los libros de los ¡estudiantes. Mi vida es calor, sol, alegría, cielo azul, flores, pájaros, optimismo, Semana Santa, calabazas... Pero nadie contó al crearme con que Madrid es una ciudad imbécil. En los tres meses que paso fuera de casa, vivo de milagro. Me llueve, me nieva, me azota el viento... ¡Estoy desesperada!

Y la Primavera rompió a llorar sin consuelo. Basilio la apretó contra su corazón.

— ¡Pobrecita! — susurró —. ¿Y cómo se las arregla usted para seguir adelante?...

La chica se alzó de hombros con rabia.

— ¡Como puedo! ¿Quiere usted decirme adónde voy yo con este traje? En épocas normales me refugio en los parques y corro por el césped; nadie me ve, más que algún que otro poeta, que guarda el secreto. Pero con este tiempo, ¿quién corre por los parques? Ayer estuve en el Retiro y tuve que comprar salicilato para curarme el resfriado que pesqué... Además, los hombres me ven desnuda y me acosan. Antes me metía por las noches en el escenario del Reina Victoria; pero la primera tiple se dió cuenta de que las miradas de los espectadores se iban conmigo, y me cogió, me dió una paliza y me echó a la calle por la puerta de la de Echegaray...

— ¡Caramba, caramba!

— ¿Usted qué me aconseja?

— ¿Ha probado a refugiarse en el Metro?

— Ya me prohibió la entrada Otamendi.

— ¿Qué haríamos entonces?

— No sé, no sé...

Y la Primavera volvió a su llanto tumultuoso.

Súbitamente, Basilio tuvo una idea.

— Véngase a mi casa.

— No puedo.

— ¿Por qué?

— ¿Usted concibe que la Primavera puede estar encerrada siempre en una casa? Llegaría un momento en que tendría que marcharme: cuando floreciesen las rosas, y cantasen los pájaros, y luciese el sol...

— Usted se marcha cuando deba hacerlo.

— Entonces, vamos.

Echaron a andar de bracero. En la esquina de Alealá les detuvo un guardia.

— ¡Alto! ¡A la comisaría, por desacato a la moral!

— Amigo guardia: esta señorita es la Primavera.

— A mí, como si es la emperatriz Zita. Va sin ropa, y eso no lo consiente el hijastro de mi padrastro.

— ¡Usted se calla o le sacudo en la base del cráneo!

— A mí no ha nacido quien me sacuda.

— Es que le sacudo un billete de veinticinco ramonas.

— En ese caso, servidor se eclipsa.

Les costó un par de horas, pero llegaron a su casa por fin. Pasaron varios días.

Basilio era dichoso; el tiempo seguía más crudo que un bifeck del Palace, y la Primavera se atizaba una sesiones de *choubescki* como para tostarse los omoplatos.

Y cierta mañana...

Iturceta se despertó.

Lucía el sol, florecían las rosas, cantaban los pájaros en las enamadas...

Basilio se encontró solo en su casa.

La Primavera se había ido.

Pero, para no irse sola, se llevaba ocho mil pesetas en billetes y dos abrigos de corte británico.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Dibujos de Areuger.



BUEN HUMOR al través de las edades.



Dib. RAMÍREZ.

Con las sonrisas que le son anejas,
años después se lee por parejas.

Ayuntamiento de Madrid



Dib. GARRÁN. — Madrid.

— ¿...?
— ¡Pero cómo no he de llorar, si ahora van a bajar las subsistencias y todo el mundo comerá jamón!...



Dib. NUERE. — Madrid.

— Soy el recomendado de Gutiérrez.
— Muy bien. Usted dirá.
— Quisiera que me pintara usted un autorretrato...

EL NIÑO PERDIDO

— ¡El segundo aviso!... ¡El segundo aviso!... — se oía gritar por todo el Cielo. Era una ángel trompetero el que daba esas voces.

— A ver ese niño, ¿dónde está? — vociferaba —. ¡Que no va a llegar!

Y en verdad que el caso que ocurría justificaba ese jaleo. Era el 31 de diciembre, y el año moría; pero lo grave es que el Año Nuevo, el niño que había de hacer su entrada en el mundo con la última campanada de las doce de aquella noche, se había extraviado.

El día anterior se le había visto correr, entrenándose para un año de vida. También había jugado entre unas nubes usadas del tramoyista magno. Pero desde el comienzo del presente día, cuando habían querido cogerle para prepararle y adecantarle algo, no lo habían encontrado: el niño se había extraviado.

— Bueno, ¿y qué hacemos si no parece? — decía San Silvestre —. Porque yo, solo o con él, salgo; es mi turno, y tengo derecho.

— Parecerá, no hay que apurarse, pa-

recerá — afirmaba un señor con barba blanca.

— ¿Lo han buscado en la portería? — preguntaba alguien —. A veces iba a jugar, y, a lo mejor, se ha escapado fuera.

Fueron todos a la portería; pero San Pedro juraba y perjuraba que no lo había visto salir.

— Aquí estubo hace unos días; anduvo enredando con el llavero, me escondió la gorra galoneada, me estropeó el aparato de agujerear los billetes, y se marchó corriendo para que no le dijese nada.

La duda seguía. Nadie sabía dónde habrían llevado sus travesuras al chico. Fueron a buscarle al recinto de los tramoyistas; pero no estaba tampoco. Lo buscaron muy bien entre los montones preparados para las decoraciones de Primavera y Estío.

No estaba ni en los inmensos montones de hojas verdes de marzo, ni en los depósitos de las aguas de abril, ni siquiera entre las nubes de verano, amononadas en un rincón.

Todos le buscaban ya. Una nerviosidad tremenda se había apoderado de ellos. Y, frenéticamente, perseguían la pista del chicuelo.

— No hay que apurarse, parecerá — repetía el de la barba blanca.

Pero no parecía.
— Habrá que detenerlo todo. No podrá haber año nuevo este año.

— Yo no paso por esto — afirmaba San Silvestre —; ya estoy vestido, y celebros mi día. ¡Pues no faltaba más, después de un año de esperal!...

— Paciencia, paciencia — insistía el de las barbas.

— No puede haberla — contestaba aquél —. Usted, si la tiene, no es en vano Job; pero los demás tenemos nervios.

— Hay que esperar — decía Job.

Eran ya las doce del día, y el niño seguía sin parecer. La llegada del correo aquel día fué algo extraordinario. Todos se precipitaban sobre el cartero en busca de noticias; quizás él trajese una pista segura o una solución.

— No empujar, no empujar. Haya or-

MAYO



Dib. SILANO - Madrid

GÉMINIS

(Tiene treinta días y veinticuatro horas.)

1. — San Mayolo y Santa Valburga.
2. — Santos Exuperio y Neópolis.
3. — Santos Diodoro y Rodapiano.
4. — Santos Corcodemo y Evencio.
5. — Santa Crecenciana y San Eutimio.
6. — Santos Ebetardo y Protógenes.
7. — Santos Eovaldo y Cuadrado.
8. — San Wirón, obispo.
9. — Santos Hermes y Seroncio.
10. — Santos Alfio y Calepodio.
11. — Santos Baso y Dioclecio.
12. — Santa Rictrudis y San Modoaldo.
13. — Santa Glicerina y San Rolendis.
14. — Santa Enedina y San Pacomio.
15. — Santa Dimpua y San Hesiquio.
16. — Santos Audas, Domnolo y Fídolo.
17. — Santos Solocano y Tornetes.
18. — Santa Tecusa y San Erico.
19. — Santos Dunstano, Ivón y Paterco.
20. — Santos Talaleo y Austregisilo.
21. — Santos Antioco y Nigostrato.
22. — Santos Fulco y Atún.
23. — Santos Epitaceo y Eparquio.
24. — Santa Paladia y Santos Afra y Diocles.
25. — Santos Aldelmo y Pisicratis.
26. — Santos Odulvaldo y Valención.
27. — San Eutropio.
28. — Santas Waldesca y Elconida.
29. — Santos Martirio, Sisinio y Conón.
30. — Santa Emelia y San Palatino.
31. — Santa Cancianila y San Canciano.

den — gritaba San Expedito —, o no doy las cartas.

Cesó el guirigay celeste, y todos escucharon atentos los nombres de los que recibían oraciones.

— San José, millón y medio. Casi todos, padrenuestros. Santiago, quinientas mil. ¡Y a ver si les enseñas a tus fieles ortografía, que no hay medio de distinguir las señas! San Antonio, tres millones.

Y el santo escondía modestamente sus tres millones de sobres perfumados.

— Son recomendaciones — aseguraba con humildad.

Terminado el reparto, San Canuto y San Onésimo se acercaron al cartero.

— ¿No hemos tenido nada? — preguntaron.

— ¡Claro que no! — contestó Expedito.

El correo había sido una desilusión más. No había aportado ni el menor indicio para el hallazgo del niño perdido.

— Ese niño no parece — clamaba San Silvestre —. Se lo ha debido cargar Herodes el 28.

— ¡Calma, calma! — repetía Job.

Pero no podía haberla, pues todo se había confabulado para embrollar las cosas.

El tramoyista magno había comunicado las siguientes desagradables noticias:

«Que en el Norte de Siberia se habían roto las costuras dos nubes de nieve, y, al separarse, el Sol había calentado la Tierra de una manera impropia de la estación.

»Que los transformadores de agua en nieve del Polo Norte estaban rotos, y se estaba fundiendo la nieve anterior.

»Que se le había roto la hélice al ventilador engendrador de los huracanes en el océano Pacífico.

»Y que ya no le quedaba nieve para Suiza, por haberse roto los sacos a ella destinados y haber caído en el Sahara.»

Por otra parte, los altos poderes habían sostenido un serio altercado con el padre Noël, por negarse éste a bajar a hacer el reparto de juguetes.

El viejo alegaba su edad y el tamaño exiguo de las escaleras que llevaba, en relación con la altura de las casas modernas.

Por otra parte, los juguetes eran cada vez más pesados y abultaban más.

Tras muchos esfuerzos, y prometiéndole una próxima jubilación, fué convencido, y bajó.

La nieve también fué construída, por unos aficionados, con algodón y agua fría. Pero quedaba en pie el atroz conflicto de Año Nuevo, que seguía sin parecer.

Eran las ocho de la noche cuando se pensó en remozar el año que moría.

Se le llamó, y le trajeron en una camilla; el pobre ya vivía sus últimas horas por compromiso.

— Es preciso que salga usted otra vez hasta que parezca el niño — le dijeron.

— No puede ser; me estoy muriendo.

— No importa; se le injertarán glándulas de mono; cualquier cosa; pero es imposible que el mundo esté sin Año Nuevo.

— Muy bien hablado — dijo San Silvestre.

— Estoy a vuestra disposición; pero mi estado es muy grave.

— Le cortaron el pelo, le afeitaron, le disimularon las arrugas y le vistieron de marinero.

— Aunque crecidito, parecerá un niño — afirmó San Silvestre.

Pero el pobre viejo estaba hecho una facha. Se le notaba la edad en todo, y su intervención en la vida iba a ser deplorable.

— Le daremos una *patinette* para dar más impresión juvenil.

Y el anciano estaba aterrado ante esa perspectiva.

Afortunadamente, a las once, hubo que meterlo en la cama: se moría irremediabilmente por ley natural.

Y el niño seguía sin parecer.

En la Tierra, ajenos a lo que se preparaba, bailaban y cantaban inconscientemente; había quien le quitaba ya las semillas a las uvas.

¡Qué lejos estaban de figurarse cuán problemático era la llegada de Año Nuevo!

En último caso, sería cuestión de retrasarlo hasta que aquél fuese hallado; esos días intermedios serían como un margen de la vida del mundo; no contarían; serían días en que no se hubiese vivido, en los que no ocurriese nada.

Pero, y si el niño tardaba en parecer, y si los tramoyistas colocaban las decoraciones de verano, los montones de heno, los prados verdes, las vacas, las mariposas, los sombreros de paja, entonces, aunque pareciese el niño, lo tendrían que esconder hasta el invierno, pues no se podría presentar en plena canícula.

Eran las doce de la noche, y los hombres sostenían con dos dedos sobre su boca una uva como esos huesos de aceituna que se arrojan en una rana de biscuit.

De repente, se alzó un clamor en el Cielo.

— ¡Ya pareció!... ¡Ya pareció!... ¡Ya pareció!...

Y el niño llegaba en volandas, llevado por San Silvestre.

Sonaron algunos epítetos poco cariñosos.

— Vamos, rico, ya era hora.

El niño, entre empellones, contaba su excursión.

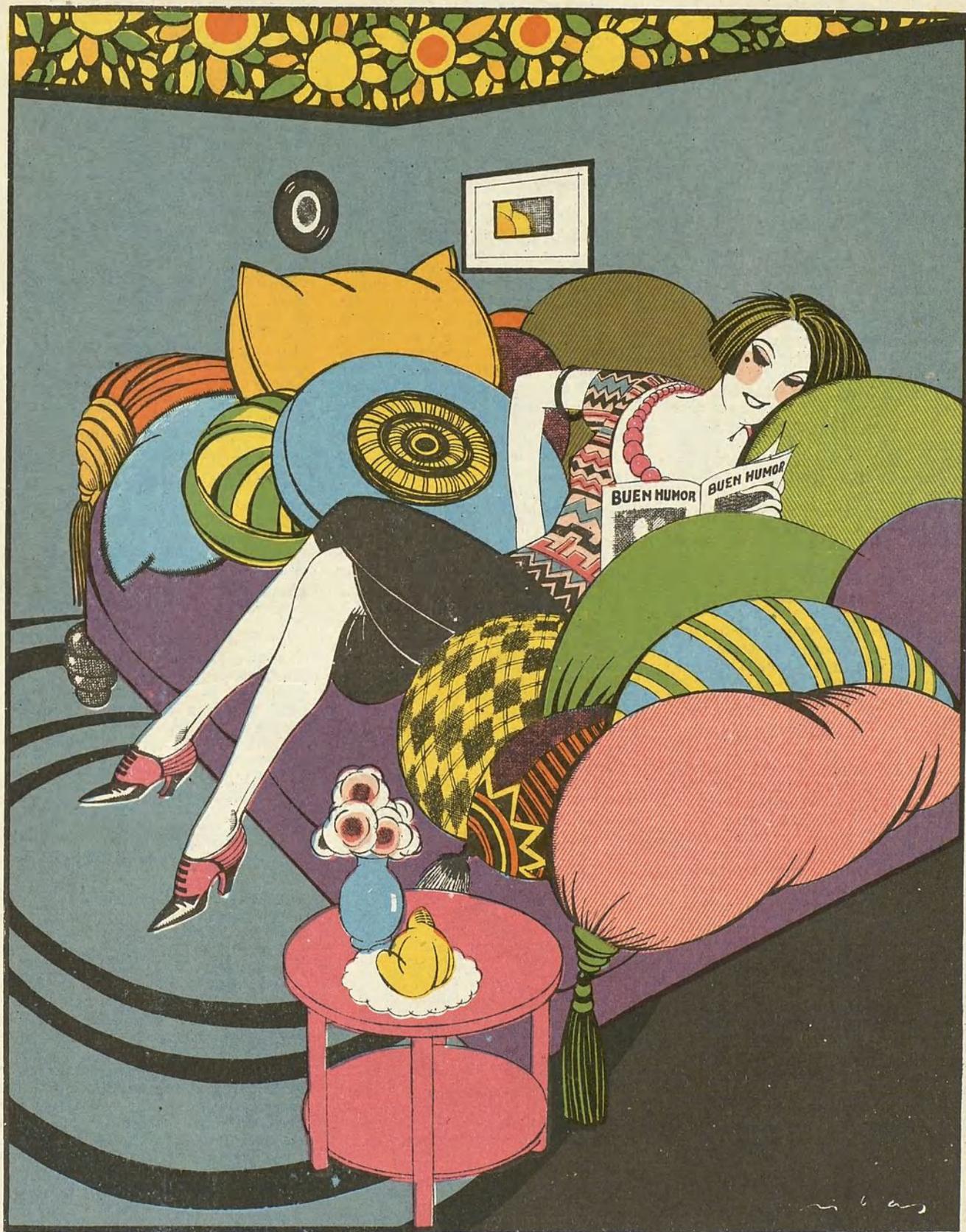
— ¡Vaya partidol!... La selección Sideral contra el Saturno F. C... Tres, cero.

Y el niño fué arrojado violentamente a cumplir su obligación.

Al mismo tiempo, caían las uvas y una bola dorada en Madrid.

EDGAR NEVILLE

BUEN HUMOR al través de las edades.



Dib. RIBAS.

Y, tras una sesión de *polissoir*,
más tarde ya se lee en el *budoir*.

Ayuntamiento de Madrid

LO QUE SERÁ EL AÑO 1924

ALGUNOS AVANCES PROFÉTICOS

Un servidor de ustedes, y vaya esta afirmación por delante, no es mago, ni astrólogo, ni brujo, ni encantador... Que no soy encantador lo demuestra, además de un espejo de mi absoluta propiedad, el poco partido que tengo con las mujeres de cuarenta años para abajo, aunque de cuarenta para arriba hay algunas que me querrían si yo quisiera... (que no quiero). Y que no soy brujo, ni astrólogo, ni mago, lo da a entender claramente la escasísima fama de que disfruto en esos órdenes de la actividad humana, si bien en los demás órdenes de la ídem ídem tampoco digamos que digamos que soy una celebridad de esas que la gente se pone en dos filas para verlas pasar (los días que pasan) y dice ¡¡oh!! cuando van a pasar, cuando están pasando y después de que han pasado.

Toda esta monserga que han acabado ustedes de leer, los que hayan tenido paciencia para acabar, viene a decir en mal castellano (porque a mí en bueno me es imposible expresarme) que las profecías y demás comentarios que voy a hacer sobre el próximo año, que ya se nos está viniendo encima, están tomados de autorizadísimas fuentes y de esclarecidas personas que para leer en el porvenir son unas *hachas*, dicho sea con perdón para la seriedad de sus cargos.

Para la confección de estas notas he consultado: con madame de La Pirandeu (señora *encantadora*, natural de Caleçons-sur-Marne, nombre que transplantado al español vendría a decir *Calzoncillos en el Manzanares*); con el barón Ivan Zeiss, maravilloso *medium* polaco, que por cierto no puede comer y se vale de este *medium* para poderse sacar unas cuantas perras gordas; con mistress Gordon Corby, pitonisa londinense, casada (y según dicen de muy mala manera) con un hombre de escásimo carácter, del que aseguran en London que también tiene algo de pitoniso; con Samuel Haakon, notable astrólogo judío que habita en Las Palmas (¡jole, y venga manzanilla!); con mademoiselle Laperrette, que dicen que es una maga de primer orden, y que vive en París, aunque la policía no la deja vivir a gusto; y, finalmente, con la suegra de un amigo mío, a quien he consultado porque mi amigo dice que es una bruja de lo más grande que se conoce.

Todas las opiniones de esta gentuza, mezcladas y agitadas durante un rato, me han dado el siguiente resultado, que copio (aunque me lavo las manos en lo que concierne a su verosimilitud y a su probable realización) para que mis lectores sepan con la debida antelación lo

que quizás puede que dé la casualidad de que tal vez esté a punto de ocurrir y hasta puede que ocurra en el venidero año.

PROFECÍAS ATMOSFÉRICAS

El invierno será crudo y el verano asado. Por tanto, los huevos se comerán muy frescos en enero y exageradamente fritos en julio. Nevará un par de días en febrero, y se fabricarán bastantes bolas en Madrid aprovechando la nevada. Los políticos del antiguo régimen fabricarán las bolas en sus casas y luego las echarán a la calle; ¡pero como si no! las deshará *El Sol*, y lo pongo con mayúscula porque me da la gana...

Habrà una terrible granizada en mayo, que hará grandes destrozos en los cristales de las casas, y que será seguida de una huelga general de vidrieros pidiendo aumento de jornal. El vecindario pagará los vidrios rotos, y el cristal tendrá tal aumento, que se podrá utilizar para los prismáticos. No hay ni que decir que ya no bajarán los cristales más que en las ventanillas de los trenes (en las poquísimas ventanillas donde los hay).

El día 3 de agosto se desencadenará una horrorosa tormenta (si el tiempo no lo impide). Si no se verificase, se verificará otro día, y a los que hubiesen tomado billete les servirá para cuando tenga lugar. El día que estalle la tempestad, caerán cuatro chispas en diferentes sitios de la capital. Una chispa matará a tres borrachos; pero si, aleccionada la gente por este providencial aviso, no se emborracha nadie, es probable que la chispa no pueda matar a nadie tampoco.



Dib. FUENTE. — Madrid.

EL TABERNERO (a su retoño). — *Mira, hijo, no te molestes en estudiar... Hoy el vino se falsifica con todo. ¡Hasta hay quien lo hace con uval...*

En abril lloverá bastante, quizás los treinta días, tal vez quince nada más; pero, en fin, los días que llueva, lloverá. Mucha gente dirá: «¡Ya era hora de que lloviese!...» Otras personas dirán: «¡Me carga la mar que llueva!...» Discrepancia que se explica, porque nunca llueve a gusto de todos...

Se desencadenará un horrible temporal en el estanque del Retiro que hará saltar a varias embarcaciones. Esto será beneficioso para el contratista del servicio de lanchas, porque es seguro que si cada bote da unos cuantos botes, el número de botes aumentará en desusada proporción, o no sabemos de matemáticas una palabra.

En los últimos días de julio, grandes calores en la Puerta del Sol, en lo cual se diferenciará del año pasado, que hubo grandes frescos en la puerta del Congreso.

En la segunda quincena de septiembre caerán en Madrid tres bólidos: un discurso de Ossorio, una conferencia de Vázquez Mella y un estreno de Honorio Maura; pero no habrá desgracias personales (por una estupendísima casualidad).

En diciembre bajarán los termómetros siete grados. No obstante, un comandante amigo mío confía tener para esa fecha un grado más; y si coge un catarro, tal vez unas cuantas décimas encima del grado.

El día 28 del mismo diciembre, y en algunas barberías de España, tendrá lugar la degollación de los inocentes (no se admiten propinas).

PRONÓSTICOS TRANSCENDENTALES

No habrá durante el año 1924 ninguna guerra europea, porque ni Cristo tiene una peseta para gastársela en esa juerga, y las cosas hay que hacerlas bien, o no hacerlas.

En Alemania, fracasado el marco papel y hecho cisco el marco oro, se lanzará una nueva moneda: el marco cartón, que será con la que se vaya pagando a Francia.

Habrà bofetadas y palos de Moguer en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos. El Presidente tendrá que ver varias corridas (en pelo), y la elección no la ganarán los agresores. Serán los abofeteados y los bastoneados los que se la ganarán. En Nueva York, y en previsión de estos acontecimientos, se constituirá el *Trust del Arnica*.

En España subirá el pan. Este artículo, que por ser artículo no es *sustantivo*, se encuentra, como ustedes saben,

en las nubes. Con la nueva subida es seguro que para encontrar un panecillo habrá que colocarse a la diestra de Dios Padre.

Habrà una terrible guerra entre China y Andorra, aunque no tan épica ni de tanta importancia como la europea. La posteridad, para diferenciarla de la Gran Guerra, llamarà a ésta Sánchez Guerra, o quizás *Guerrita*; pero, en fin, algo que dé idea de su poca transcendencia.

Weyler tendrá un leve trastorno económico, y, en consecuencia, se verá obligado a coser para fuera. Para él será bastante arduo el problema, pues está cansado de coser para dentro (*cosa* que tiene que hacer a diario, y pobre de él como no *cosa*).

En Suecia habrá una terrible epidemia de carácter desconocido entre el ganado caballar. Los pobres animalitos se contagiarán la enfermedad con una sencillez aterradora. Se cree que se la pegarán con la cola. Inútil es decir que poner unas pesetas en un caballo será exponerse a perderlas en seguida. En Suecia, por tanto, no podrá haber ferias de ganado, porque, en vez de ganado, serían de perdido.

En Rusia también habrá epidemia; pero será peor, porque en vez de morir caballos, morirán jinetes. La epidemia encarecerá los ataúdes y las velas, y el ruso, que habitualmente está ya a dos velas, cuando sea cadáver estará a ninguna. Se dice que, al mismo tiempo que la epidemia, se desarrollará una enorme huelga de sepultureros. Los fallecidos tendrán, por tanto, que molestarse en enterrarse ellos mismos. Algunos no querrán, y esto dará lugar a que intervenga la policía y dé varias cargas para obligarlos. Habrá, por desgracia, bastantes muertos que resulten heridos.

Habrà un eclipse parcial de sol, que por verificarse de noche no lo podrá ver nadie, y un eclipse total de García Prieto, que tampoco estará visible para ninguna persona que no le vaya a hablar de algo que le convenga (volver a gobernar, por ejemplo).

Otra dolencia tremenda, en forma de temible azote, asolará a la Humanidad: la afición a dar el opio y a tomarlo. Las mujeres jóvenes, guapas y desarrolladitas, serán las más castigadas por el temible azote.

Las compañías eléctricas formarán un nuevo *trust*, con el fin de cobrar a los abonados la luz del sol a tanto la hora. Prometen hacer una importante concesión: rebajar el diez por ciento de lo que perciban los días que esté nublado.

Se concederá el voto a las mujeres, y Loreto Prado votará por el matrimonio obligatorio. Chicote votará en contra.

El 15 de octubre saldrán solemnemente de las Ventas los tranvías que habrán de llegar a la Puerta del Sol el 3 de enero de 1925. Esto supone un aumento de rapidez en el servicio que no podemos pasar en silencio.

El 19 de marzo arderá en la calle de

la Montera un puro de a treinta. Una inmensa muchedumbre se reunirá para presenciar el estupendo fenómeno.

El Gallo se retirará del toreo. No decimos de los toros, porque de los toros empezó por retirarse desde el comienzo de su brillante carrera.

Romanones jugará una peseta a la lotería de Navidad. Caerá el gordo, y el conde dirá con acento dolorido y con el corazón traspasado:

— ¡Qué lástima! ¡Si yo llego a saber esto, hubiese jugado diez reales!...

Y (jeto es lo más triste, pero es forzoso decirlo) durante el año fallecerán las siguientes personas:

Don Juan Pérez, lector de *A B C*.

Don José Rodríguez, senador por derecho impropio.

Don Manuel Fernández, presidente

de la Sociedad Protectora de Concejales y Plantas.

Don Pedro López, pariente cercano de un farmacéutico que tiene muchas ganas de ir a Viena.

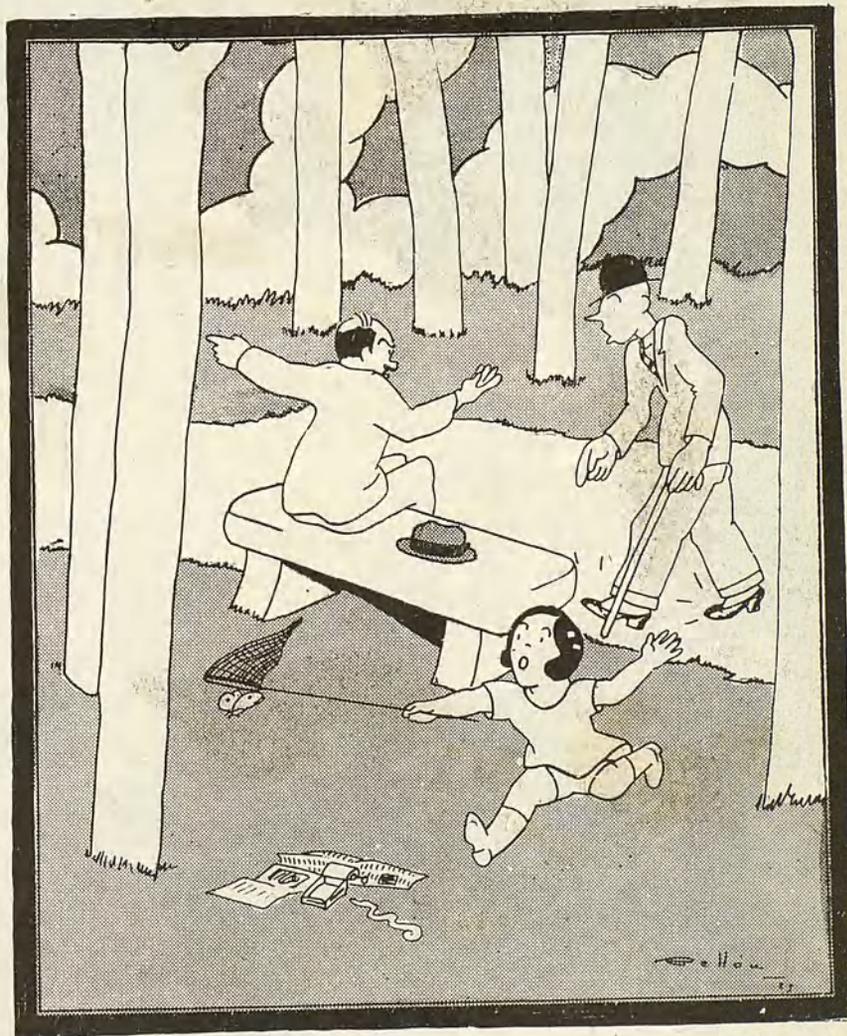
Don Francisco Sánchez, poseedor de un retrato de Pérez Zúñiga cuando tenía veinte años (joya arqueológica que reclamará el Museo).

Y Doña Jesusa González, distinguida madre de una cupletista que todavía no ha debutado.

La hija no morirá este año; pero si debuta, lo más probable es que la maten.

Y como no sé de nadie más que esté para dñarla, les felicito a ustedes, me felicito a mí y quedamos citados en estas páginas para el año que viene, a ver si es verdad.

ERNESTO POLO



Dib. BELLÓN. — Madrid.

EL QUE ESTÁ SENTADO. — Mira, por allí viene Paco. ¡Ahora es la ocasión de que tú le pegues!...

EL OTRO. — No, ahora, no. Me aprietan mucho estas botas, y no puedo correr...

BUEN HUMOR al través de las edades.

PENAGOS
XXIII



Dib. PENAGOS.

A los treinta años, que es la edad fatal,
lo leen niños bien y niñas mal.

RESPETABLE PÚBLICO

Yo, aunque ustedes no se hayan enterado todavía, soy autor. ¡Vaya ya soy autor! Yo he estrenado muchas veces, ¡muchas!, más de setenta, quizás más de noventa. Casi siempre en colaboración con ese monstruo de fecundidad e ingenio que se llama Muñoz Seca. ¿No han leído ustedes muchas veces, en los carteles, detrás de los ilustres apellidos de mi colaborador, un modesto Pérez Fernández? ¡Pues ese Pérez soy yo! ¡Y Fernández!

Ya sé que muchos lectores dirán: «Pero ¿qué dice este hombre? ¡Pues no sabíamos!...»

Sé, sé que no lo sabían ustedes, y como algún día tenían que saberlo, sépanlo desde ahora para siempre. ¡Yo soy Pérez!

Sólo una vez en mi larga carrera tea-

tral me he sentido *popular*. Fué con ocasión de un fracaso. El público estaba enfadadísimo con Muñoz Seca. ¡Era ya mucho *astracán* aquello, o no sé lo que era! Lo cierto es que la fiera rugía ferozmente, y Perico y yo, muertecitos de miedo en el «saloncillo», hasta donde llegaban los furiosos ecos del formidable *pateo*, nos mirábamos consternados. ¡Qué hecatombel... ¿Qué habíamos hecho?

Salí en un entreacto y me confundí con los espectadores en los pasillos. Decían... No quieran ustedes saber las cosas que decían de Muñoz Seca. ¡Qué lástima me dió de Perico! Mi nombre, en cambio, *como siempre*, no sonaba por ninguna parte. ¡Ventajas de la vulgaridad de mis apellidos!

Pero aquello, francamente, me moles-

tó. Yo tenía tanta culpa como mi fraternal camarada en aquel desaguado, y no era justo que cargara él solo con el mochuelo. Tentado estuve de subirme a un diván gritando: «¡Señores, yo también...!» Pero lo dejé para mejor ocasión.

Quizás algún *éxito* resonante hiciera salir mi nombre de la oscuridad. ¡Paciencia!... ¡Todo llegaría!...

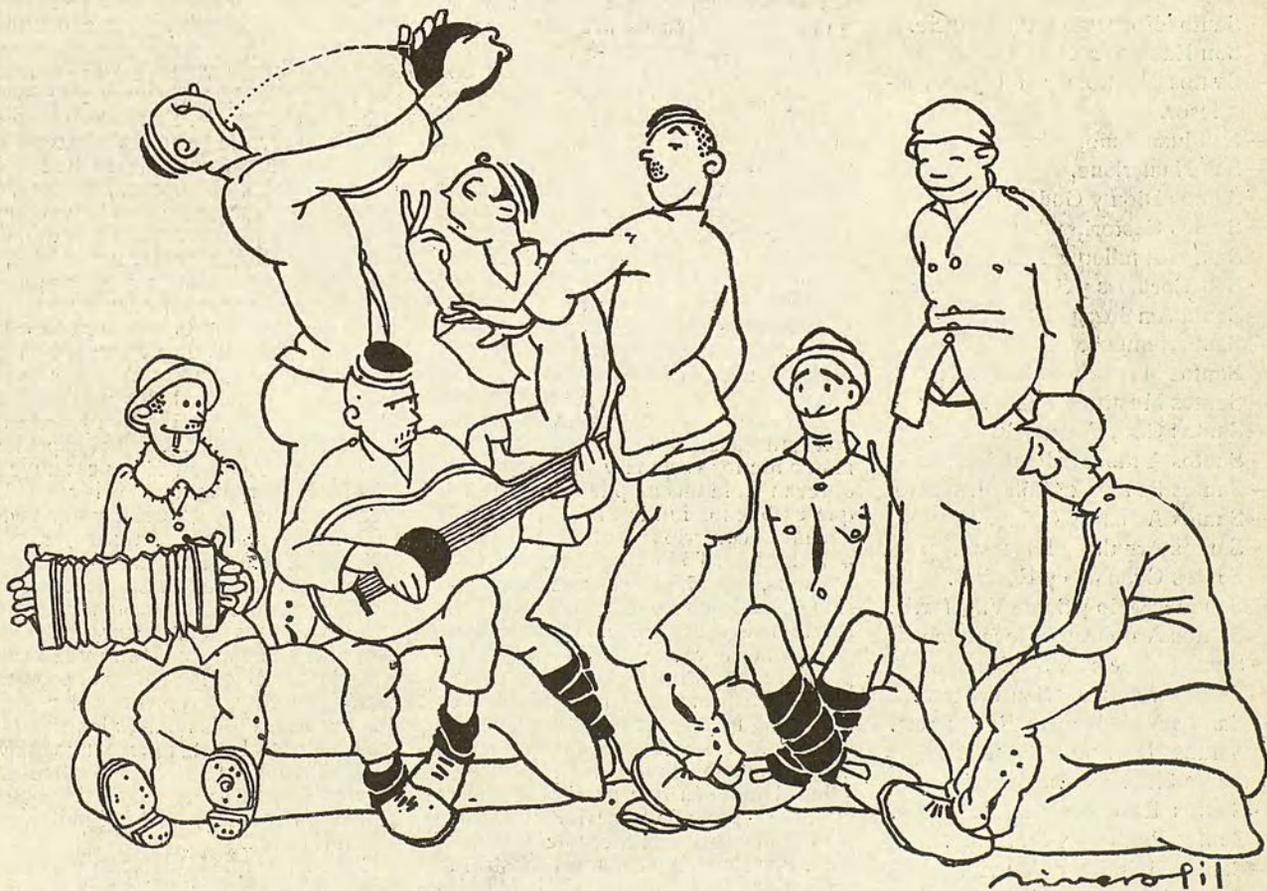
Pero empezó el tercer acto, y en medio de la *bronca* más espantosa, alguien gritó desde no sé dónde:

«¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡Que baile Pérez!...»

¡¡Ah!... ¡¡¡Por fin!!!...

Desde entonces no he vuelto a oír mi nombre.

PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ



ESCENAS DE CAMPAÑA

Cuando llega el giro.

Dib. RIVERO GIL. — Melilla.

JULIO



Dib. SILENO. — Madrid

LEO

(Tiene treinta y un días, que parecen sesenta y cuatro.)

1. — Santos Eparquio y Paternucio.
2. — San Eutiquiano.
3. — Santos Mustiola y Gutagón, confesor.
4. — San Juandiano, mártir.
5. — San Numeriano.
6. — Santos Dion y Godelena.
7. — Santos Castorio y Vilebaldo.
8. — Santos Aquilao y Tuétano.
9. — San Corpetes y Santa Edilburga.
10. — Santa Amelberga y San Cereal.
11. — Santos Enero, mártir, y Paladio.
12. — Santos Mirope y Poterniano.
13. — Santos Mustita y Fandila.
14. — Santos Ciro, Focas y Eraclas.
15. — Santos Antioco y Pantaleón.
16. — Santos Benón, Aristón y Letancio.
17. — Santos Acilino y Citino.
18. — Santos Arnulfo y Esperato.
19. — Santos Culmacio y Epafras.
20. — San Macrobio y Santa Vilgefortis.
21. — Santos Argobasto y Jocundino.
22. — Santos Meneleo y Síntica.
23. — Santa Erundina y San Proceso.
24. — Santos Antinógenes y Estercario.
25. — Santos Hermipo y Salutario.
26. — Santa Liliosa y San Valente.
27. — Santos Ermolao y Hermócrates.
28. — Santos Plutarco y Sinfronio.
29. — Santos Galínico y Vetuvio.
30. — Santa Donatila y San Swituno, confesor.
31. — Santos Grimbardo y Calinerio.

CUESTIONES
DE POCO PESO

¿SIRVE PARA ALGO LA HIGIENE?

Me figuro la cara de asombro con que los inspectores provinciales de Sanidad leerán la pregunta que encabeza este artículo. Me pondrán de idiota, que no habrá por donde cogermelo, y pasarán por alto la lectura, previo el obligado mohín de conmiseración profesional... No es para tanto la cosa. Si alguno de ellos, por excepción, se toma la molestia de seguir leyendo, quizás se convenza de que, en el caso presente, su ojo clínico estuvo un poco desacertado.

En primer lugar, yo no he hecho más que una pregunta, a lo que tengo perfectísimo derecho, según Esculapio; y en segundo término, en esa pregunta me limito a plantear una cuestión, para la que estoy absolutamente facultado, en opinión de Aberroes. De suerte que los inspectores de Sanidad deben retirar su juicio hasta tanto que sepan cuál es mi pensamiento.

Mi pensamiento es, sencillamente, que la higiene, que para muchas personas constituye una tontería, para otras puede representar un perjuicio. Me explicaré.

En la mayoría de los pueblos se ríen de la Profiláctica como de las coplas de Calainos. Es decir, no se ríen de la Profiláctica, porque en su vida han oído tan regocijante palabreja, pero sí de sus derivados de la desinfección, la fumigación, el estropajo y el agua. Vayan ustedes con antisepsias a esos deliciosos lugares donde los vecinos y sus caballerías abrevan en la misma pila, y ya verán lo que es bueno. Inútil es hablar allí de vacunas, cauterios y otras zarandajas por el estilo. Todo lo que no sea cataplasmas, sanguijuelas, lamedores y jeringas, es desconocido e innecesario. La receta de origen particular tiene una importancia enorme, y toda la hidroterapia se reduce a los tradicionales pediluvios, cuya principal virtud consiste en quitar algunas veces «esas cosas negras que, según los indígenas, todos tenemos entre los dedos de los pies».

Inútil también que ustedes se tomen el trabajo de ponderar los modernos procedimientos científicos de preservación. Por toda respuesta, les mostrarán unos niños llenos de suciedad, de pringue, de inmundicia, de mocos, de babas, de moscas, pero gordos y coloradotes como botijos, y les dirán: «¿Ven uste-

des? Esto es salud, y lo demás, pampinas.»

Claro está que solamente enseñan los niños que viven; pero ¿caso en las ciudades enseñan los niños que mueren?

De donde resulta demostrada la primera parte de mi tesis: la higiene constituye una tontería para muchas personas.

Pasemos ahora a la segunda parte. Un día — hace de esto siete u ocho años, o sea cuando la vida no se nos ofrecía tan perra y dificultosa como hoy —, mandé a mi criada a cambiar un billete de cien pesetas, caso inaudito que desde entonces no se ha vuelto a presentar en mi casa, y que constituye, por consiguiente, un momento interesantísimo de mi vida que deben recoger los futuros historiadores cuando escriban mi biografía. El tendero hizo el cambio, y tuvo la bondad de hacerlo en plata, en duros, unos duros llenos de roña, de moho, de gusanos, de tizne, de cieno y de cascarrías; unos duros mugrientos y asquerosos que olían a bacalao, a petróleo, a grasa, a mollejas, a muladar y a columna mingitoria; unos duros en los que seguramente un médico cualquiera habría encontrado espinillas, diviosos, fistulas y sarna, y en los que un mediano bacteriólogo hubiera descubierto en seguida los bacilos de la viruela, del tifus, de la lepra y de la tuberculosis; unos duros, en fin, impresentables, por cochinos. Entonces tuve la feliz idea de ordenar que los lavasen. En efecto, a fuerza de asperón y agua clara, quedaron limpios, relucientes, pulquerrimos, como si acabasen de salir de la Casa de la Moneda. Estaba satisfecho de mi obra, encantado de mi iniciativa...

Me eché unos cuantos duros al bolsillo y salí a la calle, contento y feliz, seguro de dar el golpe... Bueno, pues me costó Dios y ayuda para cambiar aquellos duros. En todas partes los consideraban falsos. Un estancoero tuvo la avilantez de afirmar que eran de aluminio. El propio tendero de cuyas arcas procedían los rechazó, atribuyéndoles origen sevillano...

Con lo que queda demostrada la segunda premisa de mi tesis, o sea, que la higiene, pese a todos los pesares, puede ser perjudicial.

MARCIANO ZURITA

C H A R L A S
D E M I B A R R I O

LOS MIÉRCOLES MUNICIPALES

— Felices, Protasio. ¡Arreal... Pero ¿es que vas de boda?

— Mira, llegas que ni pedrá en cabeza de secretario. A ver si puedes tú abrocharme este botón del cuello.

— Trae acá. Pero, bueno, ¿ande vas con esta elegancia?

— Ahora te contaré.

— ¿Es boda o sepelio?

— Ya lo sabrás; ayúdame en el interin.

— Estás enigmático.

— Estoy preocupao; ahora verás. Acerca una corbata de esas que hay encima de esa silla.

— ¿Quiés la chalina o el lazo?

— Échame el lazo.

— Te sienta mejor. Pero, bueno, ¿ande leñe vas?

— No quiero seguir intrigándote. Voy al Ayuntamiento.

— ¿Calzas a algún macero?

— ¡Calzo un cuarenta y seis corrido! Pero tú tienes menos alcance que una carabina de salón, porque hay que ser idiota pa suponerse que si se tratara de algo relacionao con el oficio, iba yo a vestirme con este refinamiento.

— ¿Pues a qué vas, entonces?

— A hablar.

— ¿Con quién?

— A hablar en el salón de sesiones. ¡Que me he tirao al ruedol... Y esta mañana es la que me han señalao pa que yo *desierte* sobre mi pensamiento.

— ¡Arreal! Pero ¿qué vas a decir?

— Ahora te lo explicaré por el camino; porque, ¡chicol!, cuanto más se lee, más se sabe. Yo leí una vez que la gente discurría por las aceras...

— ¡Rediez que raro!

— Pues es la *fetén*, porque lo he comprobao un porción de veces. En cuanto quiero maquinar algo difícil, me lanzo a la calle y, ¡zas!..., resuelto. No sé la relación que podrá tener el discernimiento con el enlosao; pero el caso es que es verdad lo que decía el escritor aquél: la gente discurrir por las aceras.

— Como quieras. ¿Pero de qué vas a tratar tú?

— Pues de la resolución de un problema que lo han ataca por diferentes sitios un porción de alcaldes, y sin dar con el *busilis*.

— ¿Y qué problema es?

— La manera de acoplar a los viajeros en los tranvías equitativa y justiciaramente. Ya habrás oservao que otra vez vuelve a ir la gente colgá de los estribos, y hasta del trole, tan y mientras que las señoras y los niños se ponen a esperar un tranvía en Nochebuena, y lo toman pa el Corpus.

— Es verdad. ¿Y tú vas a arreglar mucho eso?

— Pero sencillísimamente. Verás: to se reduce a que aten al tope de atrás de los tranvías unas cuantas sogas largas y recias, a las que se cogarán los jóvenes machos que deseen efectuar el viaje. Ventajas: que el interior del coche quedará libre pa señoras, niños y ancianos, y que la gente joven — a fuerza de praticar el nuevo deporte de correr arrastraos por el coche — desarrollará sus músculos, echará pantorrillas y lo-graremos una juventud fuerte, sana y robusta, que es a lo que se tira actualmente en toda la Europa civilizá.

— Oye, ¿y los reumáticos, también tendremos que tomar billete de sogá?

— Eso ya se reglamentará. Lo esencial es que me da el corazón que voy a tener un éxito; y si esto no me lleva mucho tiempo, aun pienso hacer dos *preposiciones* más: una relacioná con el mal olor en los cines, y otra de carácter festivo, pa hacerme el agradable a la reunión.

— ¡Ah!... ¿También vas a contar chascarrillos?

— Pa el final les voy a proponer la instalación de una fábrica de churros en el desalquilao edificio del Congreso; claro que no faltará algún agudo que me interrumpa, diciendo que eso es una tontería; pero entonces replicaré yo, *incontinentemente*: «Señores, no es ningún disparate que se fabriquen churros en el Congreso, porque nadie me podrá negar... ¡que ya se han fabricado bolas!...»

— ¡Mi madre!...

— Esto va a ser una bomba. No tengo más miedo que, si el alcalde no es hombre ecuanime, quizás me meta la campanilla y me corte el discurso.

— ¡Ah!... ¡Que te mete la campanilla, no te quepa la menor dudal... ¡Pero que va a ser en los sesos!...

JOSÉ DE LUCIO

AGOSTO



Dib. SILENO. — Madrid.

VIRGO

(Tiene los mismos días que su antecesor.)

1. — Santos Bono, Vero y Estorvo.
2. — San Rutilio y Santa Teodata, mártires.
3. — Santos Asprén, Cira y Marana.
4. — Santos Agabio y Paridis.
5. — Santos Afra, Eusinio y Cantidiano.
6. — Santos Hormisdas y Felicísimo.
7. — Santos Domecio y Donaciano.
8. — Santos Esmaragdo y Largo.
9. — Santa Alegría y San Numidico.
10. — Santas Agatónica, Asteria y Basa.
11. — Santa Digna y San Gangérico.
12. — Santas Eunonia y Euprepia.
13. — San Céntola y Santa Radegunda.
14. — Santos Graciliano y Porcario.
15. — Santos Alipio y Tarcisio.
16. — Santos Diomedes y Séptimo.
17. — Santos Rogado y Mamante.
18. — Santos Crispo y Poliemo.
19. — Santos Zaqueo y Cumín.
20. — Santos Teogonio y Memón.
21. — Santos Bonoro y Cislo.
22. — Santos Antasa, Epitecto y Mapril.
23. — Santa Teonila y San Minervo.
24. — Santos Audoeno y Quiriaco, vírgenes.
25. — Santos Geruncio y Menas, obispos.
26. — San Licer, obispo.
27. — Santos Manea y Siagrijo.
28. — San Hermes, mártir.
29. — Santos Hipacio y Sebó, rey.
30. — Santos Adaneto y Pamaquio.
31. — Santos Aidano y Buenviaje.

EL HOMBRE NERVIOSO

Sí, señor, soy nervioso, muy nervioso; no lo puedo remediar. Usted es un cachazudo, y tampoco está en su mano evitarlo. Mientras va usted por la calle pisando huevos, a mí me parece que las losas abrasan, y salto con ridícula prisa de gorrión.

¡Qué quiere usted! Yo no puedo ver a ninguna de esas excelentes madres que en plena vía pública se sacan de debajo del mantón un pecho lacio y se lo entregan al mamoncillo para que tire de él. Ver aquella piltrafa amarillenta y sentir que me duele la tetilla, es todo lo mismo.

Pues ¿y los sesos? Cada vez que veo comer sesos a alguien, me duelen los míos. Siento como si me mordieran los

pensamientos, y experimento la terrible ilusión de que una dentadura se me clava dentro del cráneo. Las ideas se me rebozan, y durante mucho tiempo, alucinado, todas las cosas se me ocurren fritas.

Los escaparates de ortopedia y cirugía, ante los que suelen detenerse raras personas — por supuesto, con cara de doctores en Medicina —, me inspiran una angustia indescriptible. Los bisturíes saltan de sus estuches, y me rajan, me abren, me levantan la piel, me diseccionan las entrañas; las pinzas cuelgan de los bordes de las heridas; las tenazas retuercen; las sierras cortan, chirriando; los martilletos se incrustan, y las jeringuillas, ¡riiiiis!, hunden su trompa...

En el teatro, con los dramas, lloro a

lágrima viva; las novelas por entregas me desgarran el corazón; es como si por debajo de la puerta me tirasen una puñalada.

Para decirle a cualquier señora o señorita que la adoro, no puedo por menos de poner los ojos en blanco y ceñirle el talle, o, siquiera, oprimir una de sus dos manos. Si ella me da la cita anhelada, aunque sea para el día siguiente, aquella noche, ¡ay de mí, ya no duermo, no puedo dormir. Toda la noche me la paso en vela por estos condenados nervios, saboreando anticipadamente las ternezas que la he de decir, las meloserías que me ha de contestar y el momento en que no voy a saber qué decir, y la sonrisita que ella, azorada, me va a regalar.

Cuando veo en invierno descotada a alguna dama, me constipo; cuando topo con un caballero muy embutido en uno de esos gabanes gordos que tienen cuello de piel, sudo.

En cuanto entro en una consulta de médico, me curo sin hablar con él.

Usted, señor flemático, compra un décimo diez, veinte días antes del sorteo; y se guarda muchas cartas sin tomarse la molestia de abrirlas hasta la hora que le parezca más conveniente; y tolera las colas, y compra esos encendedores que no encienden, y esas plumas estilográficas que no escriben; usted, señor pachorrudo, bebe en vasos de borde grueso, y usa trajes interiores de lana, de esa que hace cosquillas, y lee los telegramas sin palidecer antes un poco, y engendra un hijo para ponerle el nombre de Canuto, o Rigoberto, o Hermeguncio... Le aborrezco, señor; nunca podremos ser amigos. Usted es un miserable pescador de caña; un hombre caníbal que engulle ante una mesa sin fijarse en lo fino de la mantelería ni en la charla ingeniosa de los comensales, ni en la ciencia sutil del cocinero, que espolvoreó especias y combinó sabores... Vaya usted al cuerno, poste, aglomeración de grasa, cédula personal, contribuyente, cero a la izquierda, entelequia, bulto...

Con nervios se va a todas partes, no sólo a las clínicas, como usted imagina y asegura con tanto retintín. El hombre nervioso le toma el pulso a la vida, y le pone el termómetro al amor, y huele la risa, y sabe qué gusto tiene el desencanto. Entre el hombre nervioso y el linfático hay la misma diferencia que entre una asadura y un corazón. A mí, deme usted manojitos, no toneladas... Usted, con ese andar de carro de mudanzas, cree que llega a tiempo siempre, porque tiene dinero y poder; pero yo le aseguro que ni el amor, ni la fortuna, ni la gloria esperan, y que hay que correr mucho, y bien, para alcanzarlos, o, por lo menos, para sorprenderlos a punto. No me replique; me consta; pregúntesele, señor, a su mujer...

E. RAMÍREZ ÁNGEL



Dib. BARRADAS. — Madrid.

ÉL. — No, si no me extraña tu mal comportamiento. ¡Desde un principio noté que no me mirabas con buenos ojos!...

BUEN HUMOR al través de las edades.



Dib. K-HITO.

A los cuarenta, el BUEN HUMOR citado,
distráe "la noche triste de Alvarado".

Ayuntamiento de Madrid



La canícula. Una calle de los barrios bajos, de las más estrechas y tortuosas. El calor dentro de las miserables casas es congestionante. Después del frito variado, que es el plato del día para cenar, una libreta con un tomate y a la calle, a ver si se respira.

El señor Celedonio, el del bajo número 7, saca su colchón, una especie de saco terrero, y una almohada rellena de viruta, lo tiende en las losas de la acera, y, después de sus cotidianas devociones «con Dios me acuesto, con Dios me levanto y por cabecera un canto», se traspone.

Su mujer, la señá Salus, con la que no se habla, como ocurre todos los años durante los calores, por la negativa rotunda del esposo de compartir el lecho con su cónyuge, ha sacado una butaca de gutapercha, cuyo pelote ha dejado en la orfandad a los muelles, y descansa sobre ellos comentando amargada la actitud de despego de su esposo durante el verano y suspirando por la llegada del invierno, en cuyo tiempo su marido llega a ser el más cariñosísimo de los hombres y el más cumplido de los esposos.

Más allá, sentado en el suelo, tañe un acordeón Manolo el pocero, que es pasional por la música, y delante de él tiene a varias personas que, aunque por su actitud de éxtasis parezca que son unos buenos aficionados a lo lírico, la verdad es que se están aprovechando del aire que se le escapa a Manolo por un roto que tiene el fuelle del instrumento.

Otros vecinos han sacado también casi todo su ajuar, y están en el arroyo hasta con los chicos, por ver si encuentran algo del fresco que necesitan; pero ni por esas.

Y empieza el siguiente diálogo:

— ¡Bendito sea el verano!... ¡Viva el calor!...

— ¡Dice usted muy bien!... ¡Abajo el burlete!...

— ¡Viva enerol!...

— ¿Quién es esa gata?...

— ¡Una damnificá que abomina de la

calor porque le hace infeliz en su matrimonio!...

— ¡Porque no hay firmeza en el querer, señá Salus!... ¡Mi hombre me quiere a mí en la canícula a las doce del día y sobre el asfalto de la Puerta del Soll!...

— ¡Me gustaría verlo!...

— ¡Es a puerta cerrál!...

— ¿Me hacéis el osequio de no levantar tantísimo la voz, que me turbáis el sueño?...

— ¡A dormir a la cama!...

— ¡Si es que el médico me ha recetado el aire libre por los bronquios, que los tengo enfermos!...

— ¡Mia que lástima, si quisía Dios que...!

— ¡Salus, no me hagas que me tire del triclinium, que te zurrol!

— ¿Por qué?

— ¡Porque me da la gana!

— ¡Pero cuidao que eres ingratisimo, Cele!...

— ¡Ay, cuando vendrá aunque no sea más que el otoño!

— Señor Celedonio, si le molesta a usted el acordeón, ceso.

— ¡Al contrario, hijo, si me arrullas! Oye, ¿y qué tocas?

— El miserere de *El trovador*, una zarzuela extranjera que, al decir de los inteligentes, la bordo.

— A usted no le molestará; pero a mi pobrecito marido, que está malo, ahí en esa ventana del sótano, lo está usted breando.

— Me correré, mujer, que ya sabes que no me gusta ser molesto. Y ¿qué tie tu esposo?

— Pues tie un cólico que no rompe dende ayer, y ¡figúrate si le molestará el miserere!

— Señá Blasa, ¿me acerca usted el botijo?

— ¿Lo quie usted pa beber?

— No, que va a ser pa hacer un soneto.

— ¡Lo digo porque no tie gota!

— Oye tú, Peque, ¿ties la amabilidad de traer agua?

— ¡Rediez, señá Blasa, que es la cuarta vez que lo traigo lleno!

— Y Dios te dé salud pa llenarlo muchas veces más.

— ¡Al alimón, al alimón, que se ha roto la fuente!

— Pero esos perros chicos no dejan de cantar eso to la noche.

— Si es que no corre la de ahí arriba hace mucho rato.

— ¡Mi madre, y con la cantidad de sez que hay!

— Ya podía usted encoger las patas, que a poco me esnuco.

— Si es que tengo el hábito de dormir estiraol.

— A dormir, al catre. Pues hijo, han amueblao ustés la vía pública.

— Bueno; ustés disimulen, que mañana tengo que madrugar.

— Que ustés descansen. ¡Vaya un frescol!

— Oye, Peque, el botijo le ties que dar por alfabeto.

— ¡Quia, hombre, eso no pue ser, que yo me llamo Carola, y a la K no llega una gota!

— Ni a la H. Me parece que Usebio no bebe.

— Bueno, dame el botijo a mí, que me llamo Amelia.

— ¡Mi madre!... ¡Socorro!... ¡Que se me han abalanzaol!

— ¿Qué pasa?

— ¡Mi Cele!

— Que un hombre se ha echao encima de mi padre.

— No llores, chico.

— Pero, oiga ustez, buen hombre, ¿dónde va ustez mirando?

— ¡Señora, si es que no veol!

— ¡Rediez!... ¡Yo que estaba soñando que me acometían y me lo siento encimal! ¡Qué susto m'ha daol!

— ¡Pero si es un pobre ciego!

— ¿Es que me he metido en una alcoba?

— No, señor.

— ¡Como cai en blandol!...

— ¡No hay prenda como la vista, hermanitos!
 — Tome, hermano.
 — Tome, anciano.
 — Y ustez disimule, señor mendigante.
 — Dios les dé salud.
 — Menudo susto me ha dao.
 — Ahora vaya usted por aquí, to derecho.
 — ¡Dios se lo pague! Me he quedao así de la gota serena.
 — No tie ni gota.
 — Amos, ¿no ves que va a tientas?
 — Si digo el botijo.
 — Trae otro viaje, Peque.
 — Señor Fulgencio...
 — Anda, Peque.

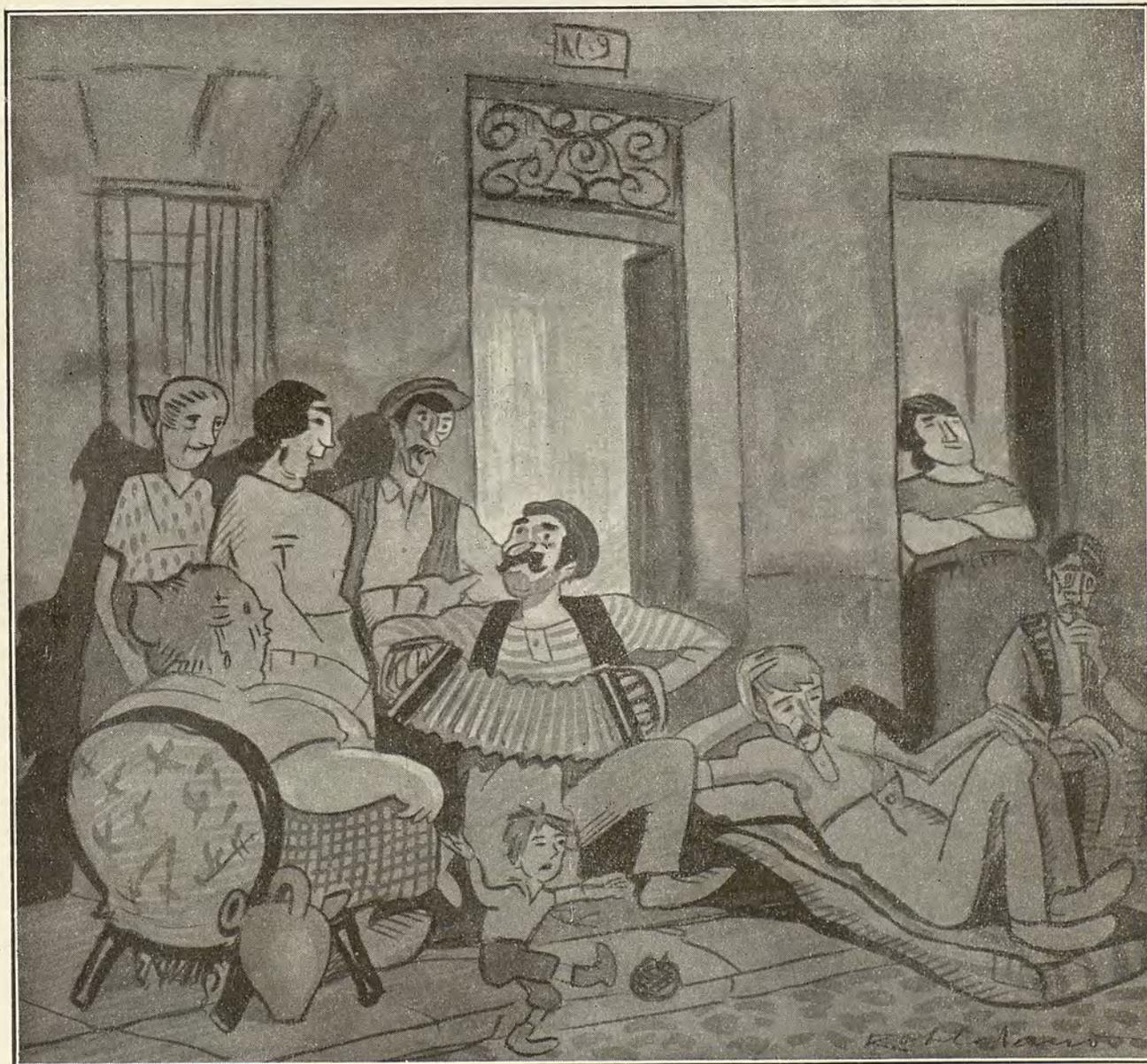
— Si es que me paso el verano haciendo viajes.
 — ¡Mi madre!... ¡Otro ciego!
 — Cuidao, chico, no te dé con la garrota.
 — Quitar esa butaca.
 — Tú, arriba, y recoge el colchón unas miajas pa que pase.
 — Fuera esas banquetas.
 — Por aquí, buen hombre.
 — Así, arrimate a la parez.
 — Muchas gracias, señores; pero de alguna martingala se tie uno que valer pa no tenerse que echar al arroyo.
 — ¡Si no es ciego!
 — ¡Maldita sea tu estampal!
 — ¡Así te estrelles!

Como a todo esto la noche ha ido avanzando, y por la calle no pasa nadie, la quietud es grande. Después de beberse seis o siete botijos más, se van quedando dormidos todos. El del acordeón, aunque dormido, parece que aun sigue haciendo sonar el instrumento, por lo que ronca. El señor Celedonio ha dado una vuelta y duerme en el empedrado como en un colchón de pluma. La señá Salus suspira entre sueños. La Peque duerme también abrazada al botijo. Es que se ha quedado dormida en un viaje.

El calor se masca.

ANTONIO PLAÑIOL

Dibujos de Robledano.



SEPTIEMBRE

LO QUE HA HECHO UN SERVIDOR DE USTEDES DURANTE EL PASADO AÑO

(APUNTES PARA MI LIBRO DE MEMORIAS... A LA FAMILIA)



Dib. SILENO. - Madrid

LIBRA

(Tiene treinta días. ¡Para qué más!)

1. — San Castrense y Santa Verana.
2. — Santos Ansano, Comondio y Lupo.
3. — Santos Aigulfo, Sándalo y Magnesio.
4. — Santas Pantaria y Neomisía.
5. — Santos Altón, Bertín y Menedemo.
6. — Santos Leto, Onesiforo y Presidio.
7. — Santos Augustal y Nemorio.
8. — Santos Corbiniano y Nestabo.
9. — Santos Artemidoro y Andomaro.
10. — Santa Menodora y San Sostenes.
11. — Santos Diodemes y Paciente.
12. — Santos Antónomo y Estratón.
13. — Santos Ligorio, Maurilio y Venerio.
14. — Santos Materno, Apro y Rodingo.
15. — Santas Eutropia y Melitina.
16. — Santos Abundancio y Geminiano.
17. — Santas Agatoclia e Hildegardis.
18. — Santos Eustorgio, Ferreolo y Sá-tiro.
19. — Santos Doximedontes y Festo.
20. — Santos Clicerio y Secuano.
21. — Santas Pomposa y Ursicina.
22. — San Emerano y Santa Salaberga.
23. — Santas Jáutipe y Poligena, vír-genes.
24. — Santos Audoquio y Geremaro.
25. — Santos Bardomiano y Formerio.
26. — Santos Principio y Calistrato.
27. — Santos Aderito y Eleázaro.
28. — Santa Lioba, virgen, y San Privato.
29. — Santos Dadas y Fraterno.
30. — San Leopardo, mártir.

Estoy seguro de que a ustedes no les importará ni tanto así lo que pueda yo haber hecho el pasado año, ni lo que pudiera dar la casualidad que hubiese hecho los anteriores (que bien podría ser que no hubiera sido nada, porque yo soy vago de mí); pero, a falta de otro asunto, mejor me determino a hacerles a ustedes sabedores de las diversas faenas a que me he entregado en cuerpo y alma (más en cuerpo que en alma) durante los últimos trescientos sesenta y cinco días últimamente transcurridos, y que Dios confunda, y yo que lo vea. Desde luego, y como yo soy un hombre vulgar, envejecido y gastralógico, todo lo que se me ha ocurrido hacer no tiene carácter genial, ni ingresará en las páginas de la Historia, ni asombrará al mundo... ni a la maleta; pero, en fin, ya he dicho que el que da todo cuanto tiene, no está obligado a más, y esto me releva de decir que no admito reclamaciones por la insignificancia de mi trabajo.

Y por lo que verán ustedes a continuación, podrán darse cuenta exacta de la manera formidable y vergonzosa que un hombre (o lo que sea) puede perder el tiempo y hacérselo perder a los demás en el espacio de un año.

ENERO

Asisto a un baile del Círculo de la Unión Mercantil, y danzo un fox con la hija primogénita de un comerciante de ropa blanca. La niña, acostumbrada a las faenas de la tienda, pone los ojos en blanco tres veces; pero al declararla que me acabo de enamorar, me dice que se alegra de verme bueno, y me da *la puntilla...*

Como el invierno es crudo, tomo varios coches; pero procuro que sean todos de punto. Lamento no vivir en Londres, porque allí serían de punto inglés.

Se me muere un gatohermosísimo, por querer achicar las glorias de Don Juan Tenorio.

Asisto a un banquete en honor de los autores de una revista estrenada en el coliseo de Lavapiés.

Pronuncia Francos Rodríguez el discurso correspondiente, y me quedo dormido hasta febrero.

FEBRERO

Agarro un catarrazo por vestirme de bebé en el Carnaval, y luego una pulmonía doble por desnudarme. Llamo a varios médicos, y se alarman mucho, te-

miendo por mi vida. Durante el catarro me administran una porción de sellos pero durante la pulmonía afirman que ni certificándome todos los días confían que salga.

En los días de Carnaval vi a La Cier-va sin careta (¡cosa bien rara y extraordinaria!)

MARZO

Me hago un magnífico gabán; pero para pagárselo al sastre me hago un lío.

Visito a Ossorio y Gallardo para decirle que lo siento mucho, pero que no me da la gana de ingresar en el partido que acaudilla.

El insigne político lo deplora de tal manera, que se accidenta y todo.

ABRIL

Durante los días de la Semana Santa recorro las estaciones, y veo con inmenso dolor que las Compañías ferroviarias siguen abusando del público de un modo que es una pena.

Me entero de que Maura no sabe latín, y mi admiración hacia él disminuye de una manera aterradora.

Me mudo a una casa nueva por no poder pagar la vieja.

MAYO

Se enamora de mí una cupletista de cuarenta y seis años.

Se me caen dos muelas y no puedo comer carne, cosa que también me ocurría cuando tenía la dentadura completa.

En una estación del Metro cojo un reuma; pero ni por Cristo puedo coger un tren.

JUNIO

Época de veraneo. La gente sale para San Sebastián. Me dicen que Romanones está con un pie en el estribo, y yo pregunto que con cuál.

En la verbena de San Antonio veo a Lerroux completamente solo. Así lleva ya varios años. ¡Y los que llevará!

A un amigo mío le dan calabazas en la Universidad Central y en el cuarto de las segundas tiples del teatro de la Reina Victoria. Las primeras, por no saber nada de Economía política, y las segundas (las de las segundas) por saber demasiado de economía de la otra.

JULIO

En Cercedilla descubro un hongo venenoso. Pero me quitan los entu-

siasmos diciéndome que Weyler tiene un hongo mucho más venenoso que el mío.

Me entero de que Lenine se va a morir, y rezo un padre, completamente nuestro, por la salvación de su alma.

A los dos días me comunican que está de salud que da gusto, y retiro las palabras pronunciadas en un momento de obcecación.

AGOSTO

En la guardilla de la casa donde habito descubre la policía a unos falsificadores de billetes. Uno de los delincuentes, huyendo, se arroja por una ventana y se rompe dos costillas, que también resultan falsas.

Me regalan un ventilador fabricado en Buenos Aires.

Compro medio kilo de queso y me lo dan envuelto con un capítulo de una novela de Hoyos y Vinent. Es la única manera de que yo lea una cosa de ese amigo: dándomela con queso.

SEPTIEMBRE

Es, como ustedes saben, el mes del Golpe de Estado.

Me paso medio mes escribiendo cartas de pésame para los políticos cesantes, recomendándoles la resignación necesaria para sobrellevar el rudo Golpe (con mayúscula) recibido.

OCTUBRE

Se estrenan varias obras de varios amigos míos, que no le gustan al público, pero que a mí me gustan mucho.

Mis amigos hacen votos porque sus próximas obras no me gusten a mí nada.

Y yo, no sé por qué, creo que cada vez me van a gustar más las cosas que se estrenen...

NOVIEMBRE

Leyendo *La Veu de Catalunya* me entero, con espanto, de que yo sé el catalán sin que me lo hayan enseñado.

Les invito a hacer la prueba, y verán cómo les sucede lo mismo que a mí.

¡Es un caso sorprendente!...

DICIEMBRE

Asisto a la boda de un amigo mío. Pero él no asiste, y la boda se suspende. La novia se priva, de la emoción, y se priva del gusto de saber lo que es el matrimonio.

Sale la Lotería al día siguiente, y me entero de que no me ha tocado el gordo.

A la novia acabada de aludir tampoco la toca el primero, ni el segundo, ni ninguno.

Hace mucho frío..., y, con permiso de ustedes, me voy a la cama.

NÉSTOR O. LOPE

OCTUBRE

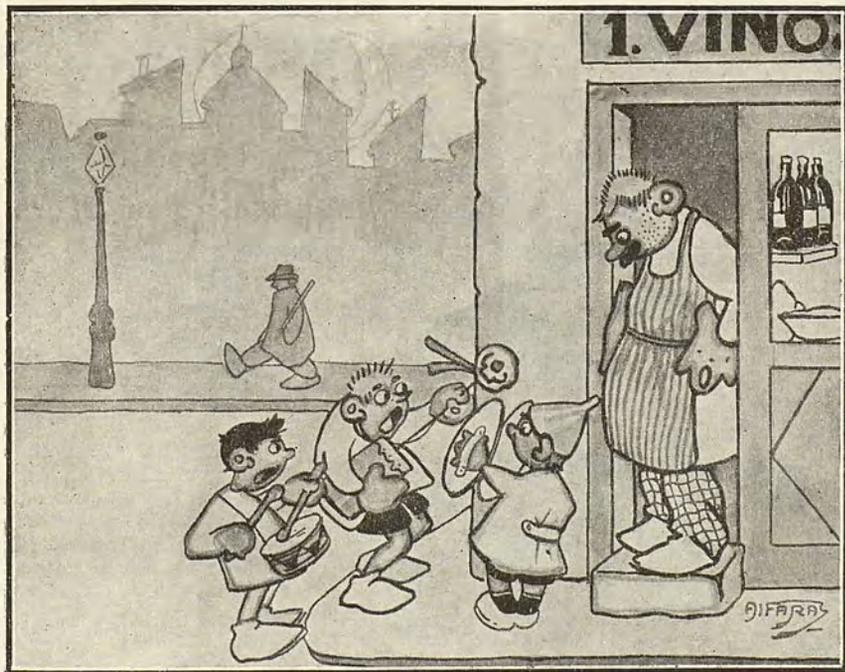


Dib. SILENO - Madrid

SCORPIO

(Tiene treinta y un días al parecer.)

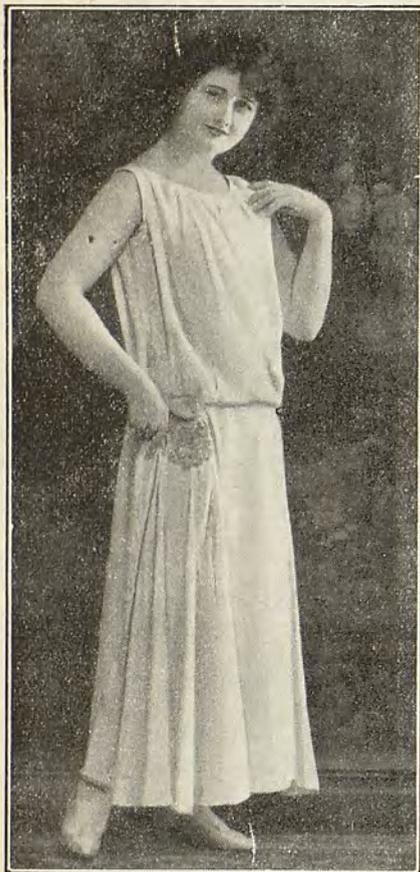
1. — Santos Aretas, Walsnullo y Babón.
2. — Santos Berenguer y Gerino.
3. — Santos Esiquio y Crispo.
4. — Santos Hieroteo y Enwino, rey.
5. — Santa Caritina y San Traseas.
6. — Santa Erótida y San Magno.
7. — Santos Apuleyo, Baco y Elano.
8. — Santas Palaciata y Reparada.
9. — San Andrónico y Santa Pelagia penitente.
10. — Santos Gedeón y Pinito.
11. — Santos Cánico y Escubículo.
12. — Santos Agileo y Evaglio.
13. — Santos Carpo y Colmado.
14. — Santos Burcado y Carponio.
15. — Santa Osita, virgen, y San Firmato.
16. — Santos Armogasto y Lulo.
17. — Santos Erón, Taraco y Sármatas.
18. — Santos Asceplíades y Atenodoro.
19. — Santa Pelaya y San Verano, virgen.
20. — Santos Artemio y Caprasio.
21. — Santa Cilina y San Ninilo.
22. — Santas Alodia y Córdula.
23. — San Domicio y Santa Eroteida.
24. — Santos Maglorio y Martirián.
25. — San Miniato y Santa Capitolina.
26. — Santos Florio y Rogaciano.
27. — Santos Abercio y Frumencio.
28. — San Farón y Santa Eutropia.
29. — San Plato.
30. — Santos Euno y Genuterio.
31. — San Rodríguez.



Dib. ALFARAZ. — Madrid.

— Pero, nenes, ¿no sus podíais ir a molestar a la taberna de enfrente?
 — Ya hemos estado, y nos han dicho que viniéramos aquí...

EL AÑO, JUZGADO POR LAS ARTISTAS



AGOSTO
GLORIA GUZMÁN
DEL
TEATRO CÓMICO
DICE

Agosto, a pesar de su calor sofocante, es el mes en que hay más helados. Resulta paradójico; pero es una verdad como un templo bizantino.

En ese mes, el que más y el que menos junta unas perras para bañarse en el mar o para una casita en la sierra. La cuestión es respirar.

Claro es que no se libra uno del calor aunque se aleje de Madrid, pues aunque el mes de agosto se pase fresquito, hay que sudar para pagar la fonda de la playa o del pueblecito serrano que se haya elegido.



JULIO

ISABEL BARRÓN, DEL TEATRO DEL CENTRO, DICE

Me parece mal el sol de julio, porque nos envía unos rayos excesivamente cáusticos, que estarían muy bien para las proximidades del Infierno, donde se castiga a los malos.

Por otra parte, en el mes de julio es pródiga la Naturaleza, y en él brinda al hombre el fruto de su trabajo incesante.

En Madrid es muy divertido por sus verbenas. En ese mes sale la gente a refrescarse a otras regiones, con los aires de monte o la brisa del mar.

Para los españoles, la circunstancia de celebrarse en este mes la fiesta del patrón Santiago, tiene una importancia extraordinaria. Lo digo porque el susodicho santo era el que *apio-laba* moros montado en un caballo blanco, y los moros son uno de mis odios personales.



SEPTIEMBRE

ELOÍSA MURO, DEL INFANTA ISABEL, DICE

Septiembre, mes de frivolidad, cuando va declinando el verano y los modistos se disponen a sacarnos las pesetas con las modas para la próxima estación; época fatal para la mujer, que ha de preocuparse de sus *toiletas*, y más que nadie, nosotras, las actrices, pensando en el estreno que se avecina, y en el que hay que *echar el resto* para epatar a la Empresa y a los compañeros; mes de actividad en los centros teatrales, buscando cada cual su puestecito para asegurar *el pan de cada día* en la temporada que va a dar comienzo; y si ese puesto se encuentra en un teatro de Madrid, ¡ya es la locura! Yo confieso que, no obstante todas estas cosas, es un mes que me encanta.

Sólo una cosa me ha faltado en él y en todo tiempo: dinero.

EL AÑO, JUZGADO POR LAS ARTISTAS

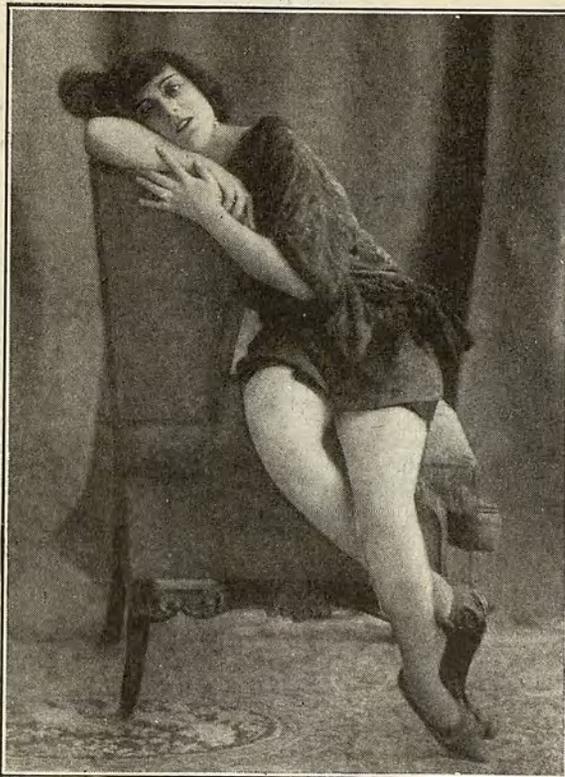
OCTUBRE

**CARMEN MUÑOZ, DEL
REY ALFONSO, DICE**

¿Octubre? Un mes ideal. Para mí, el mejor del año, por una serie de circunstancias, transcendentales unas y pueriles otras; pero que hacen que mis ilusiones aumenten y mis sensaciones sean más agradables y variadas.

Empezaré por decir que su nombre ya me es simpático: es dulce y suena bien; no tiene la dureza de un *abril* o un *mayo*, que son secos y antipáticos al oído. Además, yo, ¡no lo puedo remediar!, soy romántica (claro está que esto no lo digo más que en confianza), y me van muy bien sus días grises. También en octubre comienzan, por lo general, en Madrid las temporadas teatrales, llenas, para quien como yo tiene un gran amor a su arte, de esperanzas y de ilusiones; y, por si todo esto no fuera bastante, en este mes es el santo de mi viejita y de la Pilarica...

Este final resulta poco cómico; pero ¿qué le vamos a hacer?



DICIEMBRE

**AMPARITO MARTÍ, DEL
TEATRO ESPAÑOL, DICE**

¿Que qué opino del mes de diciembre?

Esta pregunta me deja helada; pero sigo. Me parece un ente soberanamente antipático y muy poco galante con las señoras.

A las muchachas que nos gusta lucir la figura y el escote, hace que nos embutamos en abrigos y pieles. El día que más nos interesa que luzca el Sol, envía una de sus lluvias, harto fastidiosas, haciéndonos usar el chisme más antiestético que se conoce: el paraguas; y nos obliga a tener siempre los ojos lacrimosos y las narices coloradas, cosas de muy mal gusto.

Lo único agradable que lleva en sí, es Nochebuena e Inocentes, aunque aquella no siempre suele ser buena, y ya van quedando pocos, poquitos, inocentes en el mundo...

Pero, eso sí, es protector amatísimo de los limpiabotas. ¡Menos mal!

NOVIEMBRE

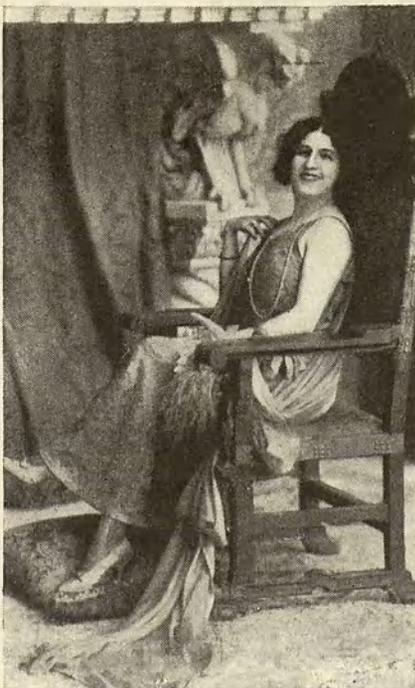
**LAURA PINILLOS
DEL
TEATRO REINA VICTORIA
DICE**

¿El mes de noviembre? Es un mes demasiado triste para ser tomado en serio.

Y no está bien que yo me *chunquee* de los afligidos que van a tomar tortilla de escabeche junto a la fría tumba de sus queridos antepasados.

Por otra parte, ¿a quién se le ocurre encargarle el mesecito de los *tenorios* a quien, como yo, no ha hecho nunca ni la candorosa doña Inés, ni la voluble doña Ana, ni siquiera la complaciente Lucía, y, por tanto, no tengo de noviembre otro recuerdo clásico que el de los riquísimos buñuelos de viento?

Y esto va a ser la causa de que, lo que yo quería que fuese un artículo, resulte un *buñuelo*.



BUEN HUMOR al través de las edades.



Dib. BON.

Como el lector ya sabe, en la vejez
se vuelve al BUEN HUMOR de la niñez.

Ayuntamiento de Madrid

UN CUENTO DE FIN DE AÑO
LA UVA NÚMERO TRECE

Abelardo cenaba solo aquel fin de año en el reservado de un restaurante de lujo. Cenar solo en un reservado, como esconderse para sacar el reloj del bolsillo o para sonarse las narices, actos simples y naturales que pueden realizarse a la vista del público, sin que nadie se altere ni escandalice, es una cosa un poco incongruente.

Por su parte, él no hubiera querido cenar solo, comprendiendo que hacía el papel del que hace solitarios en la sala de juego de un Casino. El reservado y la cena estaban encargados de antemano, porque Abelardo tenía una amiguita invitada a tomar las uvas.

Pero la amiguita no había llegado, excusándose en una cartulina de color violeta que encontró Abelardo sobre la mesa dispuesta para el convite.

Un poco despechado, convencido de que otro hombre más joven le había birlado la compañía, pensó salir a la calle e invitar a la primera mujer o al primer hombre que pasara; pero varias razonables consideraciones le confundieron.

En último de año nadie cena solo, como no sea un anacoreta. Todos tienen ya su compañía comprometida.

Tampoco era Abelardo un hombre acostumbrado a cenar con el primero que llega. Sobre ser de mal gusto invitar a un extraño, sabía, advertido en sus muchos viajes, lo molesto que resulta comer en compañía de una persona desconocida. Una cena así, daría la sensación de vagón comedor, sin el recurso de disimular la turbación o el desagrado mirando la cinta del paisaje que se desenrolla ante la ventanilla.

Por último, y no era ésta la menos importante de las razones, hacía mucho frío en la calle, y el reservado estaba ya muy caldeado y agradable con el fuego de la chimenea, cordial y chisporroteante.

Hizo poner un cubierto más, y serían tres. Había pensado sentar a su mesa al pasado y al porvenir, en un capricho burlón y malhumorado. Pero el pasado había muerto, y el porvenir, esa dama ajamonada, con tipo de pitonisa, no llegó, porque el porvenir no llega nunca: se acerca nada más, con la misma terca

obstinación con que el horizonte se aleja siempre más allá.

Cenó solo, demasiado solo, dominado por una rabiosa misantropía, sin querer bajar al salón del restaurante, donde se bailaba durante la cena y todo estaba engalanado, lleno de bulliciosa alegría.

El camarero entraba y, silenciosamente, le cambiaba los platos, como el carcelero que lleva la comida al presidiario. Abelardo estaba un poco avergonzado, y ésta era la causa de su mal-estar.

Para ahogar su enfado, bebió, quizás

con exceso. Las botellas vacías iban formando una batería de cristales brillantes, que reflejaban las intermitentes llamaradas de la chimenea.

Pasaron las horas.

Abelardo las había saludado con una copa en alto. La última, la hora de las doce uvas, la que daba fin al año, iba a llegar al cabo de unos minutos largos y embarazosos.

Miró el reloj, y vió con terror que el reloj se había parado. ¡Qué angustia la de pasar de un año a otro sin darse cuenta, sin que el reloj le avise y le ofrezca el compás de sus campanadas para tomar las uvas de la felicidad!

Abelardo oprimió el timbre desesperadamente. Sentía acercársele el Año Nuevo a traición, con el sigilo de un asesino que llega por la espalda.

Todo se arregló, por fortuna. Unos minutos faltaban, que marcó el camarero con las agujas, mientras el péndulo reanudó su oscilación ceremoniosa.

En pie junto al reloj de pared, que empezó a dar sus campanadas con lentitud solemne, Abelardo fué arrancando uvas a un racimo y llevándoselas a la boca...

Se distrajo — nunca había estado Abelardo tan distraído —, y con la rapidez de un pensamiento, preguntóse:

— ¿Cuántas uvas he comido? ¿Seis o siete? Me parece que he tomado una de más. Estoy tan nervioso... He debido adelantar una campanada...

Siguió tomando uvas, y al terminar, cuando el Año Viejo había exhalado su último suspiro en el tic tac del reloj, se hizo en el reservado un oscuro de revista. Abelardo empezó a llamar al camarero, esta vez a voces desgarradas. Sin duda, se había fundido un plomo.

— ¡No llames, Abelardo!... ¡Perdón!... — rectificó una voz femenina —. No llame usted.

Había vuelto la luz. Una señorita rubia, muy gentil, vestida con un traje verde claro con brillos de tisú y adornado con racimos, le miraba fijamente desde un rincón del reservado, ofreciéndole la caricia de sus pupilas claras y profundas.

— ¿Quién es usted, señorita? — dijo Abelardo.



NOVIEMBRE



Dib. SILENO - Madrid

SAGITARIO

(Tiene treinta días completos.)

1. — Santos Vigor, Dacio y Maturino.
2. — Santos Acindino y Anempodisto.
3. — Santos Estiriaco y Filólogo.
4. — San Agrícola y Santa Bertila, abadesa.
5. — San Dominador y Santa Epistemia
6. — Santos Galación y Juanicio.
7. — Santos Amarante y Prosdócimo.
8. — Santos Respicio y Elpideforo.
9. — Santa Sopatra, mártir.
10. — Santos Patrovas y Pegasio.
11. — Santos Menas y Atenodoro.
12. — Santas Trifena, Trifosa y Teotista.
13. — San Cebinas y Santa Mascalente, virgen.
14. — Santos Dubricio y Jucundo.
15. — San Didier o Gery (a escoger), confesor.
16. — Santos Elpidio y Euquerio.
17. — Santos Alfeo, Zaqueo y Hugón.
18. — Santos Eriquio y Orículo.
19. — Santos Aza y Barlam, vírgenes.
20. — Santos Ampelio, Tespecio y Nesas.
21. — Santos Gelasio y Salutor.
22. — Santa Apia y San Filemón.
23. — Santos Anfiloquio y Trondón.
24. — Santos Vilebrordo y Siricio.
25. — Santos Erasmo y Mercurio.
26. — Santos Amonio, Básolo y Belino.
27. — Santos Inerarco y Aventador.
28. — Santos Papiniano y Sostenes.
29. — San Sisinio, virgen y mártir.
30. — Santos Euprepes y Mahanes.



— ¿Se ha asustado usted? — contestó la señorita.

— Un poco... ¿Puedo saber...?

— Sabrá usted todo lo que quiera. ¿Quién soy? Se va usted a reír si se lo digo, y no va a creérmelo.

— ¿Por qué?

— Parece que le ha importunado mi visita. Yo no hubiera venido, créame, si no me hubiese usted llamado.

— ¿Y?... Yo no la he llamado a usted, señorita; tal vez en el reservado inmediato...

— No; perdóneme. Debo explicarme cuanto antes. Me presentaré... Yo soy *La uva número trece*, para servir a Dios y a usted.

— ¿La uva número trece?

— Sí; no ponga esa cara de asombro. No bromeo, no, señor. Es muy sencillo; ya verá... Usted ha tomado trece uvas esta noche, en lugar de doce, como hace todo el mundo, que me deja a mí en el frutero, como a un excedente de cupo en calidad de primera reserva. Cada uva de las doce campanadas es un mes del nuevo año que se va a vivir. Los años, según eso, tienen consecuentemente los mismos doce meses tradicionales.

— Permítame que la interrumpa. ¿Por qué no se sienta?

— ¡Ah!... Muchas gracias; es usted muy amable. Estaba cansadísima.

— ¿Una copa de champagne?

— ¡Por Dios, qué horror!... ¡Se atreve usted a ofrecerme ese jugo de tantas hermanas mías trituradas!...

— Perdóneme... He sido un poco cruel... Como no tengo costumbre...

— Ya comprendo. Beberé agua. El agua es lo que me da la vida. Si hubiera un poquito de sulfato de cobre... También me gusta mucho, y me sienta muy bien.

— No. No está en la lista.

— ¡Qué se va a hacer!

— Continúe usted...

— ¡Ah!... ¡Es verdad!... ¿Pues no me había olvidado del objeto de mi visita? Como iba diciendo, usted ha tomado una uva más que los demás hombres y yo vengo a ofrecerle un mes más en el año que entra.

— ¿Un mes más?... ¿Cuál?

— El que usted quiera y donde usted quiera. El que prolongue la estación más agradable y las circunstancias más propicias. Al principio, al final o en medio. Un mes de regalo, que puede ponerse donde convenga, igual que el comodín de una baraja de *poker*.

— ¿Y para qué quiero yo ese mes?

— Para lo que usted quiera, ¿no le digo?... Lo utilizará como más le convenga. Sólo debo advertirle una cosa, y es que ese mes le pertenece a usted únicamente, y sólo usted tiene derecho a vivirlo. Los demás hombres permanecerán, durante treinta días, como los habitantes del palacio de la Bella Durmiente, en la ocupación a que estuvieran entregados y en la actitud estatutaria de la posición que al acabar el mes hubieran adoptado. Para ellos habrá seguido el tiempo su curso normal. Usted, durante ese mes, será el único habitante de la Tierra. Nada se transformará en ella. Ni madurarán los frutos, ni seguirán los ríos su corriente. Sólo el mar moverá sus olas y el viento las hojas de los árboles; pero nada se agitará para evolucionar. Podrá correr por todas partes, para lo que no le estará de más aprender a guiar automóviles, porque no habrá quien le conduzca, como si todos los servicios públicos estuvieran en huelga general. Hará su voluntad, sin que nadie se oponga. Se podrá sentar en los tronos de los reyes y dormir en las camas de los millonarios, sobre colchones de pluma envueltos en billetes de Banco. Hará cuanto quiera con

todo lo existente, alterando el orden de las cosas, y colgando muñecos de papel de las casacas de los ministros y de las guerreras de los generales...

— No te canses, no sigas. Renuncio a ese mes que me ofreces.

— ¿Por qué?... ¿Lo ha pensado usted bien?

— Sí. Me dices que haré cuanto quiera, pero que no podré hablar con nadie. ¿Cómo voy a pasarme un mes sin hablar con nadie, en una ciudad paralizada?... Tendría que ir hablando solo por la calle, y se reirían de mí..., o tendría que cantar, y mi voz resonaría en el silencio de las cosas.

— Entonces...

— Nada, hijita... Yo agradezco mucho tu interés.

— ¡Qué lástima!

— ¿Lo sientes?

— Sí...; por usted.

— Es que... Si tú quisieras... Se me ocurre una cosa.

— ¿Qué?

— Es que no vas a querer...

— Diga.

— ¡Si tú pasaras ese mes conmigo!...

— ¡No es posible!

— Sí es posible, si tú quieres. Podríamos empezar cuando acabe el mes de enero, y pasaríamos ese mes de regalo en la Costa Azul, en una villa de las de Blasco Ibáñez. Yo daría a la bola de la ruleta de Montecarlo, y tú jugarías los billetes que le quitásemos de la cartera a algún banquero. Remaríamos en el mar, sobre una barca, acariciados por las olas; nos besaríamos en los jardines, delante de todo el mundo, que no podría vernos; subiríamos a los montes a contemplar el mar desde arriba, y bajaríamos a la costa a ver las montañas desde abajo... Serían para nosotros, para nuestro amor, únicamente, los treinta amaneceres y los treinta crepúsculos que ves nacer y morir, unidas nuestras manos. Cortaría yo para ti las flores más delicadas de los invernaderos, sin que sus celosos dueños nos sorprendiesen. Nada de Suiza ni de Italia, donde necesitaríamos guías que nos llevaran a los picachos y nos explicasen las ruinas y los monumentos. No nos moveríamos de nuestra villa usu-

fructuada y de sus alrededores. Gozaríamos de la más deliciosa luna de miel. Yo te brindo a ti ese mes ideal que ofreces. ¿Aceptas? ¿Sí? Tú lo arreglarás todo.

— Como quieras...

— Saldremos juntos ahora, ¿no?

— Sí; pero nada más que hasta la frutería de la calle Mayor, donde celebramos nuestra asamblea. Después, el día que quieras, me llamas. Yo acudiré... ¿Cómo te gusta la ternera?

— ¿A qué viene eso?

— Para aprender a guisar, mientras tanto, y saber tus gustos. En Menton no tendremos criada, y hemos de hacerlo todo nosotros mismos. Tú irás a la compra... a saquear los escaparates de las tiendas.

— ¡Vamos a ser muy felices!

— ¡Oh, sí! ¡Muy felices!

— ¿Salimos?

— Sí; pero... hará frío, y yo no he traído abrigo.

— No te importe. Diremos en el guardarropa que se nos ha perdido la chapa numerada, y se lo creerán sin dudar de nosotros. Podrás elegir las pieles que más te gusten.

Así salieron a la calle. Hacía un frío terrible. La noche, salpicada de estrellas, estaba cerrada por un paréntesis de luna.

Los que vieron a Abelardo haciendo eses por la calle, poseído de la felicidad más exaltada, con un abrigo de señora colgado del brazo, pensaron mal de sus costumbres. La uva número trece era invisible para todos.

Sólo Abelardo la sentía junto a él, obligándole a hacer mil locuras de pasión. Hacía el funámbulo por el borde de las aceras, golpeaba las puertas de las casas con el bastón, saludaba amablemente a los serenos, daba vueltas alrededor de los faroles, saltaba a pie juntillas los rieles del tranvía y, por último, ante una frutería de la calle Mayor, se hincó de rodillas y besó apasionadamente los cierres metálicos. El amor de la uva número trece se le había subido del corazón a la cabeza. Nunca había sentido un optimismo tan particular.

José LÓPEZ RUBIO

Dibujos de Alonso.

DICIEMBRE

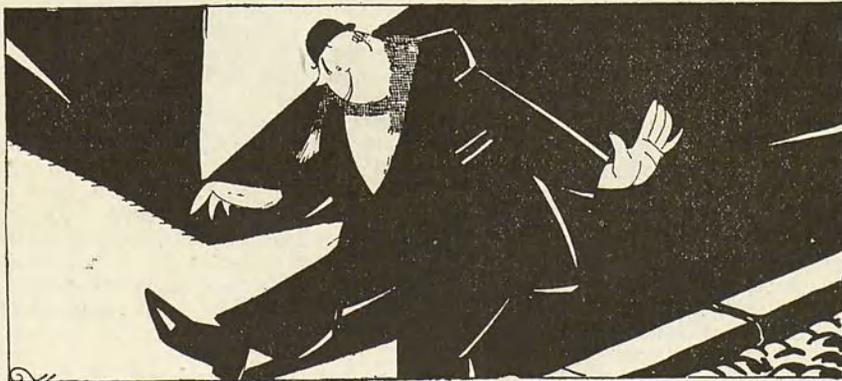


Dib. SILENO. — Madrid.

CAPRICORNIO

(Éste sólo tiene treinta y un días.)

1. — Santos Agerico y Ausano.
2. — Santos Cromacio, Nono y Seguro.
3. — Santos Bibino y Galgano.
4. — Santos Druso, Habido y Marutas.
5. — Santos Baso, Dalmacio y Pelino.
6. — Santos Asela, Dativa y Potamia.
7. — San Agatón y Santa Fara.
8. — Santos Eutiquiano y Mayorice.
9. — Santos Filoteo y Loliano.
10. — Santos Eugrafo y Sindulfo.
11. — Santos Fusciano y Paragro.
12. — Santos Almonaria y Mercuria.
13. — Santos Ausencio y Eustracio.
14. — Santos Agnelio y Jocondo.
15. — San Memín.
16. — Santos Adonis y Beano.
17. — Santa Begga y San Torcián.
18. — Santos Adjutorio, Cuarto y Tercio.
19. — Santos Moisetto y Valeri.
20. — Santos Filogenio y Enniciano.
21. — Santa Edburga y San Festo.
22. — Santos Cremonio y Calanico.
23. — Santos Agatopio y Cleómenes.
24. — Santa Irmina y San Migdonio.
25. — San Sofronio, obispo y confesor.
26. — Santos Arquelao, Jarlat y Emporo.
27. — Santa Nicerata, virgen.
28. — Santos Troadio, Zético y Naval.
29. — Santos Ebrulfo y Barbaciano.
30. — Santos Anisia y Nominanda.
31. — Santos Serotina y Melania la joven.



EL PAVO NEURASTÉNICO

por Javier de Burgos

Ayer hablé con él.

Sobre el puntiagudo empedrado de la plaza de los Mostenses, con su cuerpo como un manchón de tinta, sobre el que cabalgaba granuloso e inquieto el goterón de lacre de su inmensa papada.

— ¿Me lo vendé usted? — le dije al recobero.

Un estremecimiento de terror recorrió los pulmones del pobre animalito, y las dos lentejuelas de oro de sus ojillos diminutos se clavaron en mí como demandando piedad.

— Este pavo sabe lo que le espera — pensé yo —. Luego este pavo no es un pavo corriente. Por lo desmedrado y lo triste es, sin duda, un intelectual; a caso un pensador; quién sabe si un filósofo. ¿Se molestará si le propongo una entrevista? Al fin y al cabo, de él a mí, o sea, de plumífero a plumífero, no va gran diferencia, y aun suponiendo que yo hablase mal de él, como, después de todo, lo van a desplumar...

Estas reflexiones me hacía, cuando César — porque habéis de saber que el pavo se llamaba César — se me acercó y me dijo:

— *Ave homo sapiens*. Comprendo tu deseo y puedes preguntarme cuanto te venga en gana.

— *Ave, César* — le respondí yo, devolviéndole al mismo tiempo el tratamiento y el pipropo —. Necesito que me cuentes algo de tu vida y de la de los tuyos...

La impresión de estas palabras en el *bipede noctebueno* fué horrenda, inenarrable...

Se le alargó hasta el suelo la papada. Gruesas lágrimas le perlaron los ojos, y alzando hacía mí, como si fuera a bendecirme, la amarillenta pata, me dijo lo que sigue:

— La pava de mi madre...

— ¡Que es tu madre! — le interrumpí.

— La pava de mi madre — ratificó, estirando y encogiéndose como un *matasuegras* su semblante picudo — debió morir mil veces a manos de la cocinera que la despenó antes de echarme al mundo. Porque has de saber que yo soy un inadaptado, un rebelde, un iconoclasta.

— ¡Mi madre! — contesté.

— No me hables de la tuya.

— Pero si no te hablo. Si no es confidencia. Si es exclamación.

— Entonces continúo. Yo soy, como te digo, un pavo excepcional, sí, señor. Un pavo incomprendido. Yo he querido ser redentor de los de mi casta y no

me han secundado. ¡Maldita sea mi casta!

— Como no te expliques...

— Verás. ¿A ti te parece que es justo el trato que nos dan? ¿Tú crees que los pavos somos lo que la gente cree?

— ¿Pues qué sois? — le contesté intrigado.

— Somos los seres más calumniados de la tierra. Tú no has oído decir nunca: «A Fulanito se le ha subido el pavo.»

— ¿Cómo que quién? El mundo entero. ¿No le llaman *pavor* al espanto supremo? ¿No dicen que se ha quedado *impávido* el que oye decir que va a volver Maura, sin que se le ponga la carne de gallina?

»Pues ¿y respecto a nuestras compañeras? ¿Por qué han de llamar *pavas*, y *pavonas*, y *pavisosas* a las muchachas tímidas? Si *nuestras mujeres* — y perdóname el símil — son de lo más inteligente, y gracioso, y movido que existe en los corrales.

»Un hombre, un solo hombre, nos ha hecho justicia, y al transplantarnos, con el *plumaje* de su ingenio, al *Corral de Talía*, nos ha dado lo que nos merecemos.»

— ¡Un hombre!... ¿A qué hombre te refieres?

— Al saladísimo sainetero andaluz José María de Granada. La *doña Paquita* de su gitanada inmortal es el más bello símbolo de lo que son y valen *nuestras hembras plumosas*.

»Cuando veo a ese escritor, quisiera ser un hombre para poder quitarme, no *la pavera*, como también les decís, no sé por qué, a los sombreros de amplias alas, sino el sombrero, el reverendísimo sombrero con que los hombres os tapáis ese *puchero con orejas* que lleváis sobre el cuello.»

— ¡Hombre, digo pavo, eso de puchero...!

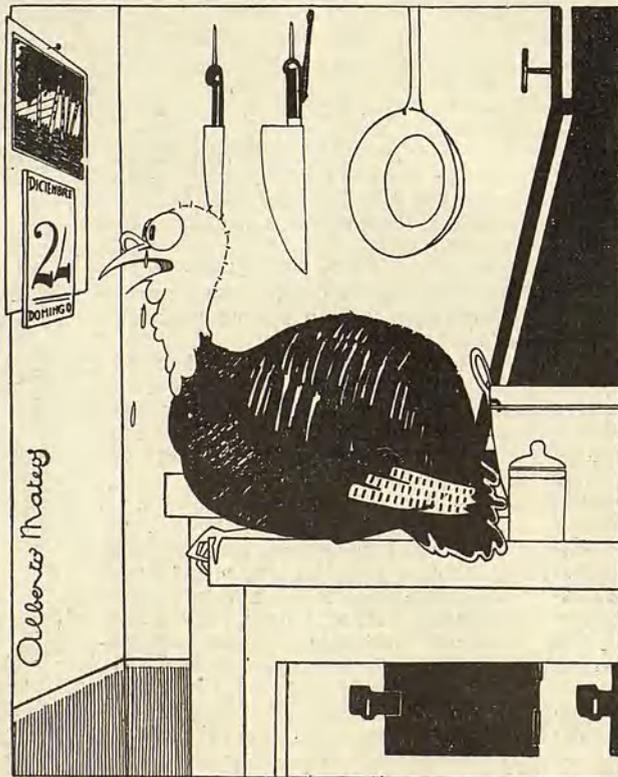
— Lo digo por vengarme de vuestros improperios.

— Siendo así, nada digo.

Y no dijo más el pavo de mi cuento. En aquel mismo instante, el recobero, inhumano y cruel, cortó nuestra entrevista, y agarrando por las huesudas patas a mi interlocutor, lo enseñó a un parroquiano; y a poco, entre aletazos de protesta, y levantando y volviendo hacia mí su flexible pescuezo, le vi alejarse calle del Alamo adelante, entre las rojas manos de una de esas *menegildas* de ahora, de sesenta y cinco pesetas mensuales, ocho horas de trabajo, sisa libre y catorce salidas por semana.

Una ráfaga de neurastenia aguda, mitad de hombre, mitad de pavo, flageló mi cerebro; y todavía, durante unos segundos, pude ver a lo lejos la jocunda figura del sentenciado pavo, que parecía, bajo el oro del sol y en la atmósfera diáfana de la mañana decembrina, un inmenso ramalazo de tinta, coronado por un sello de lacre...

Dibujo de Mateos.



«No es moco de pavo.» «Menganito está en la edad del pavo.» «A ti te gusta estar en lo más alto, como los pavos.» Pues todo eso es mentira. Ni nosotros nos hemos aproximado nunca a las mejillas de una mujer. ¡Qué más quisieran ellas! Ni a nosotros se nos cae el moco en la vida. Ni nuestra edad, que, por desgracia, no llega casi nunca a los tres años, puede ser la de los niños zangolotinos que se las dan de hombres. Ni a nosotros, en fin, nos gustan las alturas, y buena prueba de ello es que siempre nos verás por los suelos y con la vista en tierra. Pues ¿y eso de que le llamen *pelar la pava* al *flirteo* de los enamorados? Nuestras hembras, cuando las pelan, no están para amoríos. Y respecto a valor, somos unos héroes.

— ¿Y quién ha puesto vuestro valor en duda?

BUEN HUMOR al través de las edades.



Dib. TOVAR.

Pues con el BUEN HUMOR la hispana raza,
aun próxima a la muerte, se solaza.

Ayuntamiento de Madrid

AÑO NUEVO

Cuando Año Nuevo llega, todos hacemos examen de conciencia. Yo no sé si somos excesivamente malos durante los trescientos sesenta y cinco días, o excesivamente rigurosos durante el cuarto de hora del balance: el resultado nunca es satisfactorio.

Así, un señor, al despertar en la mañana inicial del año, detiene el ademán que le dirigía a los calcetines, y recapacita:

— Vayamos a cuentas. Durante el año que, por fortuna, ha terminado ya, no he

sido como debía. He frecuentado los *cabarets* y otros sitios por el estilo; me he emborrachado siete u ocho veces; más de una vez me ha sorprendido el sol dando tumbos por las calles. Indudablemente, soy un calavera. Pero por fin ha llegado el año redentor: de hoy en adelante seré persona decente.

— ¡Paca! — grita llamando a la doméstica.

— Mande el señor — dice la fámula entrando en la alcoba.

— Si viene Rodríguez, le dices que

aquí no se le ha perdido nada, y que como vuelva a poner los pies en esta casa, sale por el hueco de la escalera.

— Esta bien, señor.

— Por más que... No; me parece un poco fuerte eso, y no quiero empezar el año ofendiendo a nadie. Después de todo, yo, y nadie más que yo, tengo la culpa de haberle conocido. Dile que me he marchado fuera... ¡Pero empezar también el año mintiéndolo... Lo mejor será que le digas que vuelva esta noche. ¿Por qué no he de ser valiente y decirle: amigo Rodríguez, hasta hoy he gustado de tu compañía, porque estaba influenciado por uno de los peores años que se han conocido; pero desde hoy pienso ser persona seria; por tanto, te ruego no vuelvas a acordarte más de mí para nada de juergas?

— ¿De manera que, si viene, le digo que espere?

— Sí... ¡Ah! Conste que no te vuelvo a llamar bestia aunque me saques la sopa ardiendo.

— Muchas gracias.

— Y ahora — dice al quedarse sólo —, ya que he despedido la vida orgiástica, me introduciré en la de persona formal. Veamos a quiénes tengo que felicitar. A mi cuñado; a éste tendré que regalarle algo... A don Manuel, con el que no puedo quedar mal... A González y al primo Manolo. ¡Ea, a la calle!

— Vamos, otra copita.

— De ninguna manera, don Manuel.

— Si no ha tomado más que una...

— Es que vengo de felicitar a varios tocayos suyos y he bebido ya demasiado.

— ¿Y me va a dejar feo a mí?

— Pero...

— Nada; o bebe usted, o regañamos.

— Vaya, sea.

— ¡Uy, qué susto me ha dado usted, señor! Trae una cara, que *talmente* parece un muerto.

— Vengo malo; hazme té. ¿Ha venido Rodríguez?

— Sí, señor; en el despacho está.

— Que pase a mi alcoba.

— ¡Toma! Si has ido a felicitar a todos los Manueles que conoces, habrás cargado.

— Poco, y a disgusto, no creas; se ponen algunos tan pesados...

— Aquí está el té.

— Pues...

— ¿Conque mañana tenéis plan?

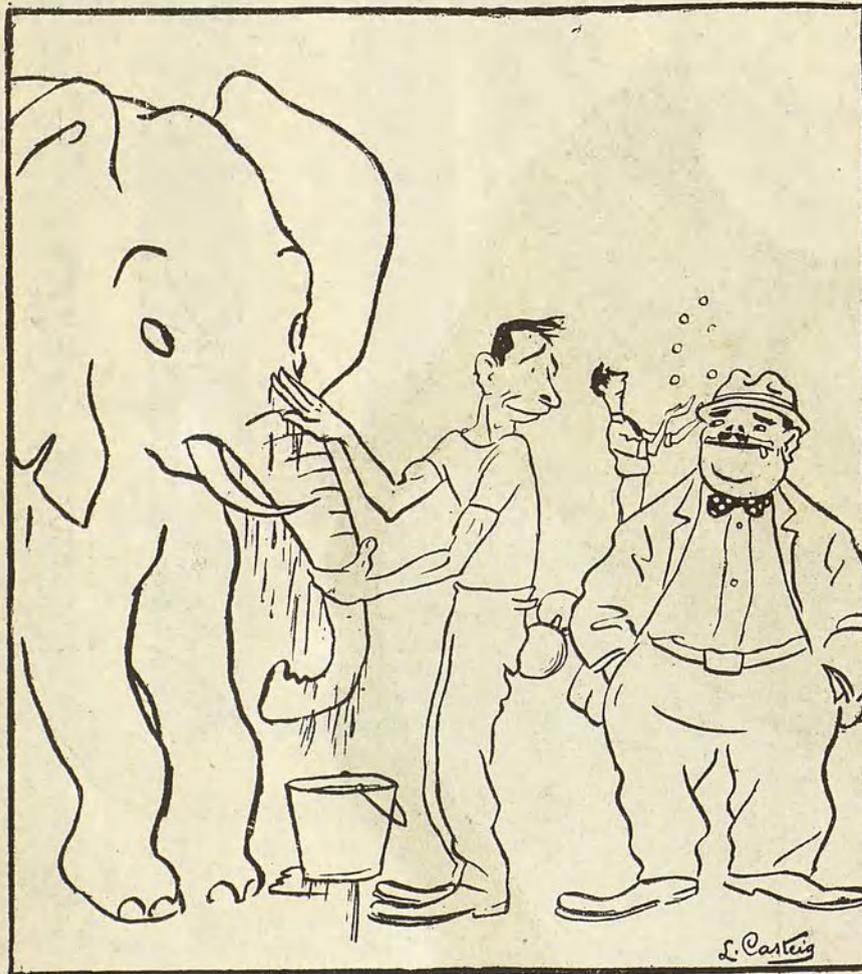
— Estupendo.

— Hombre... Yo no sé...; si se me pasara esto... De todos modos, contad conmigo; es probable que vaya.

— Toma el té; quizás te alivie.

— ¡Paca!... ¡Bestial!... ¡Me traes el té abrasando, so animal!...

JOSÉ LÓPEZ REY



Dib. CASTIG. — Alicante.

— ¡Hombre, tú aquí, empleado en el Circo, tan bien como tocabas el clarinetel... ¿Dejaste la música?

— No; lo que dejé fué el clarinete; ahora toco la trompa...



LA NOCHE DEL AÑO NUEVO

Dib. LINAGE. — Madrid.

Apunte tomado del momento conmovedor

en que se comen, lector, los granos de moscatel.

Ayuntamiento de Madrid

El mejor regalo de Pascuas

es una máquina de escribir

CORONA

NUEVO MODELO

500 pesetas hasta fin de año.
600 pesetas desde 1 de enero.

También venta a plazos.

Agentes
en toda España.



Gastonorge, C. A. — Sevilla, 16. — MADRID

BLAS E. BERROTERÁN & Co.

Agencia general de diarios, revistas y publicaciones.

Acceptamos representaciones de todos los editores de revistas y diarios de Hispanoamérica y España. Deben sernos remitidos ejemplares de muestra y pliego de condiciones.

NUESTRA DIRECCIÓN ES

Apartado 51. — Maracaibo (Venezuela)

tedes que el número de representantes de la autoridad llegaba a la media docena...

Con una diligencia digna de todo elogio procedieron a organizar la muchedumbre, y a las tres horas habían conseguido formar una cola. De este modo, todos, hasta los más impacientes, pudieron adquirir lo que tanto deseaban,

y el caballero agotó la existencia de paquetes que llevaba en el coche.

Entonces pudimos acercarnos y preguntarle qué era lo que le quitaba la gente de las manos. Cuando nos lo dijo, lo comprendimos todo, como dicen en las novelas por entregas. ¡Vendía pasta dentífrica Sanolán!

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

F. A. Madrid. — Bueno, mire usted: sinceramente hemos empezado a leer sus versos *Una captura muy lógica*, y

nos parecía bien; pero hacia la mitad lo hemos desechado. ¿Usted cree, con toda honradez, que hay saltos *sáficos*? ¿Piensa que pueden hacerse labores *esdrújulas*? No, ¿verdad? Pues haga usted otra cosa, o péguese un cañonazo.

Blin. Madrid. — Será usted profesional, amigo; pero eso es más aburrido que unos Juegos florales. Y dar consejos a los humoristas, aburriendo a la concurrencia, resulta de un paradijismo chafante. «Procure ser, en todo lo posible, el que ha de aprender, irreprensible», que dijo el fabulista.

E. A. M. Madrid. — Aprenda ortografía el pollo, y entonces hablaremos cuanto quiera.

J. B. B. Avila. — No se parece usted

¡LA LOCURA!

En una de las principales calles de Madrid vimos el otro día una película, que vamos a contar a ustedes para su regocijo.

Un caballero correctamente vestido se apeó de un coche de punto y empezó a ofrecer a los transeúntes unos pequeños paquetitos. Una señora abonó unos céntimos, y recogió su compra. Otra la imitó

acto seguido. Luego fué un caballero; después una señorita...

No habían pasado cinco minutos, cuando la circulación de la calle quedó interrumpida por completo. A la media hora se presentó el primer guardia... ¡Hay que ver!... A los cuarenta minutos, el segundo guardia... A la hora, casi podemos asegurar a us-

LOS NIÑOS TERRIBLES



— Sí, querido. Fernandito, que te obsequia por el día de tu santo.



— ¿De veras?... Entonces ¿Fernandito ha adivinado que mi santo era hoy?
— ¡Claro; eso es!



— Entonces, ¿por qué no ha adivinado también que lo que quería era un balón?
(De *Excelsior*, de París.)

HERNIAS
Bragueros científicamente.
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8



en nada a su paisana la Divina Doctora. Pero procure no lamentarse de pasar las moradas. Insista.

R. M. El Grao (Valencia). — Mande usted esas poesías, a ver qué acontece. Del montón informe de originales artísticos, o lo que sean, sacamos lo siguiente en claro.

Rechazados abiertamente:
Todos los de J. M. Ramírez, de Madrid; cuatro de Parajó, Chon y Gozalo, de Madrid; tres de Arteaga, Toniño, de Madrid; Burañes, de Valencia, y Alcázar, de San Sebastián (hasta ahora ha sido Alcázar de San Juan); dos de A. U. S. Paf, Funga, García Díaz, de Madrid; Gorella, de Alcorcón; Portierra y F. del Río, de Oviedo; J. Martín, de Bilbao, y Olmos, de Vera; uno de Remington M., Guisasola, Cassani, J. A. C. M., Guarner, J. Oli-

AMADOR
FOTÓGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

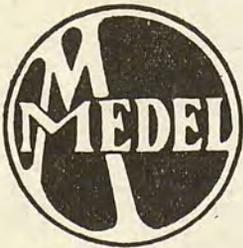
ver, Eza, Radalén, Kel, C. B. D. O., Enciso, de Madrid; Prieto, de Córdoba; Castillo, de Granada; Fons, de Almería, y Tommy, de Barcelona.

R. M. del R. Barcelona. — Lo lamentamos, pero es más triste que un lirio. ¿Es usted el monista? Si lo es, le felicitamos cordialmente como manejador del lápiz.

M. J. A. Dar Mizian. Melilla.
«¡Oh mis pobres locos pensamientos! Siempre en el mundo ingratos son mis tristes sentimientos como pobres e insensatos *handen* el mundo errante tras fatigas y tras con penas, más esclavo que en cadenas, sufriendo trágicos actos, arruinado y cesante, está mi vida horrorizante.»

Bueno, como incongruencia no se ha ideado nada más grande. Alíviese el compadre.

Dos vegetarianos. Madrid. — Recibido el cupón. Se les contestará oportunamente.



MEDEL
GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑOS

tunamente. ¡Ahl! ¡Vivan los filetes empanados!

J. L. R. P. Madrid. — Eso es más antiguo que Amenophes. Sentimos que pertenezca al período menfita. Insista, a ver. Tenemos ganas de servirle; sin chulla.

H. F. D. Madrid. — Lo de usted se remonta a la época cuaternaria.

P. B. E. Valencia. — Y lo de usted se conocía ya cuando el planeta era sólo una nebulosa.

Un Botones. Bilbao. — Hay, en efecto, facilidad y gracia en la versificación. No le engañan sus amigos, a lo que parece. Envíenos otras cosas que tengan más asunto e interés que esa *Pregunta*.

F. M. C. Barcelona. — ¡Salud, ilustrate pollo! ¿Ya está usted aquí otra

Chistes míos y de ustedes, por Luis Esteso, dos pesetas. Teatro fácil (16 comedias), dos pesetas. — Librería Santos, Carretas, 9, Madrid.

vez? Bueno, pues tenemos que darle una noticia perversa: que no admitimos su último trabajo, por tratarse de una cosa deportiva, ramo de la humana actividad — ¡ejem! — que ya está a cargo de uno de nuestros redactores. Usted es un tío comprensivo, que no se encuesta a las ocho y veinte, y no se enfadará, sino que con rapidez de aguilucho hará otra cosa. Eso de pensar que sus emolumentos — ¡qué barbaridad, cómo estamos hoy de frasel — le van a proporcionar un abrigo, es pura mochaleza. Lo que sí podrá usted adquirir, seguramente, será una treinta cajetillas. Pitagorée el amigo.

R. y C. Valencia. — No sirven, porque son más pequeños que un acento.

E. del O. Gijón. — No sea usted pillín. Aquí no empleamos esos trucos para que el público siga sacudiéndose las gordas. Mande otras cosas, por-

COMPROBADLO COMPARÁNDOLA
LA ORTOGRAFÍA MARTÍNEZ MIER, sexta edición, 453 páginas, resuelve toda duda escritura, puntuación, pronunciación. Ninguna mejor.

que lo que usted nos indica debe haberse extraviado. Es usted más largo que la calle Corrida.

F. A. y V. — No sirve.

D. R. O. P. Valladolid. — Carrasco. Madrid. — Dibujar, cuando no se sabe, es una cosa perniciosísima.

Fill y Pinó. — Lo mismo que al otro, corregido y aumentado.

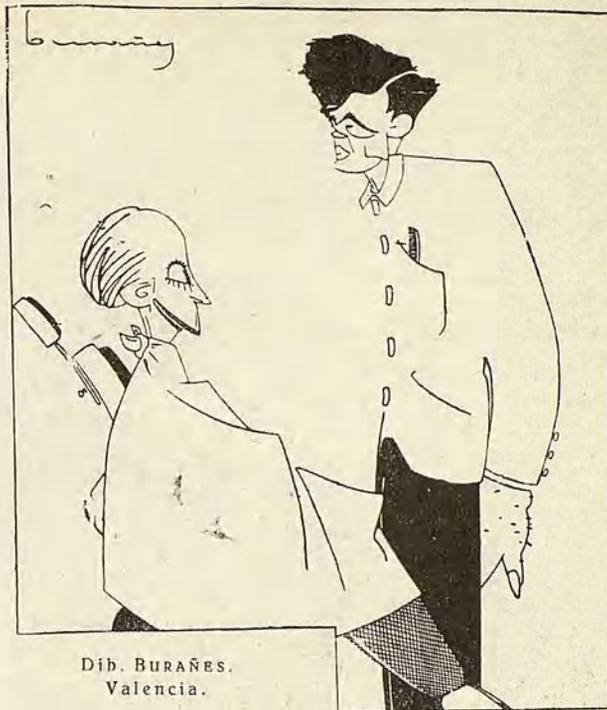
De Miguel. — Sus caricaturas personales no son gran cosa, créanos usted.

Me congratulo. Madrid. — Haga cosas en prosa, que nos van mejor. Está bien, sin embargo. Versifica usted con

Lector, en el nuevo año
nuestro parabién recibe;
que en él seas muy feliz
y que uses Jarabe Orive.

la misma facilidad con que yo ando en triciclo.

Alfonso. Segovia. — El chiste es menos feliz que una esposa maltratada. Pero el dibujo no está mal. Trabaje, trabaje, que logrará usted dominar el Fáber.



Dib. BURANES.
Valencia.

— ¿Corto el pelo o afeitado, caballero?
— Afeite...; pero no corte.

Cornelio Tacazé. Madrid. — Se ha buscado usted un seudónimo que es el Ramayana con anotaciones de un tío de Válmiki. Pero sirve usted. Envíenos otra cosita más larga, porque eso es más breve que un hemistiquio.

Fontela. Madrid. — Están bien; se publicarán, aunque uno de ellos, no sabemos por qué, nos huele a Tovar. ¿Eh? ¿Nos equivocamos, beaucoup?

Robaperas. Madrid. — Muy señor nuestro: Recibimos su atenta, que nos ha llenado de estupor. No sospechábamos que teníamos tan cerca de casa un talento de tal capacidad. Sí, señor; admirable, verdaderamente admirable.

Esperamos que al leer estas líneas se apresurará usted a venir a nuestra Redacción para que estrechemos esas manos sabias.

Lo que nos causa verdadera pena es que use usted un seudónimo tan

depresivo para un hombre de su linaje. Usted no debe firmarse Robaperas. El seudónimo que mejor le va es el de Robacuentos.

Muchos recuerdos al Vivillo. Luisito Sisi. Zaragoza. — Se publicará.

R. L. M. — No sabemos nada de lo que nos pregunta usted.

Ramuncho. — Si nos promete usted no mandarnos más cosas, somos capaces de publicarle su última poesía.

Alicio. Reus. — No ha llegado a nuestras pecadoras manos el dibujo que nos anuncia en su última carta.

Rito. Avila. — Tampoco sirve, amigo Rito. De lo otro, cuénteselo usted a su célebre tocaya.

Quintín. — Los viernes, de cuatro a seis, se abonan en nuestra Administración todos los trabajos publicados en nuestro semanario el domingo anterior.

LA TÉCNICA
Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

CLASES PRÁCTICAS
DE
Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía. Máquinas de calcular :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.
Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.
Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— ¿Cuáles son las mujeres más hermosas?
— Las que se llaman Tomasa, porque no tienen huesos: es *to-masa*...

— ¿Cómo consolar a una persona inconsolable?
— Haciéndole tomar té dentro de un zapato. Porque *té con-suela*.

José Echevarría. — San Sebastián.

La dicha en este Planeta
estribará en lo que estribe;
pero la única completa
yo la hallé en esta receta:
Licor del Polo de Orive.

— ¿Qué ave es la más chismosa?
— Pues *la-vecina*.

L. Barberán. — Habana (Cuba).

En la playa.
ELLA. — Mira, Orosio, cómo me acarician las olas.

EL. — Ya es sabido que el agua del mar tiene muy mal gusto.

M. Conde. — Madrid.

Un amigo va a ver a otro y dice a la doncella, que sale a abrir la puerta:
— ¿Está el señorito?
— No, señor; se marchó al cementerio hace una hora.
— ¿Volverá pronto?
— No sé decirle lo que tardará, porque iba muerto.

Piedad Otaola. — Madrid.

— ¿Cuál es el colmo de un jardín?
— Plantar un árbol genealógico.

G. Barón. — Sevilla.

Telegrama que envió un oficial que debía bastante dinero a un usurero, y que por haber sido destinado al Tercio quiso tranquilizar al apremiante prestamista:

«Salgo sitio mayor peligro... — *Su-fra*»

Bar España. — Burgos.

— ¿Podría usted hacer el favor de darme una cerilla?

— No.

— ¡Caray!... No creí que, tratándose de un *mixto*, recibiría una contestación tan rápida.

Maslo. — Madrid.

— ¿En qué se parece un mosquito a un elefante en un día de lluvia?
— En que ninguno de los dos lleva paraguas.

F. Serrano. — Madrid.

— ¿En qué se parece un sereno a una cabra?
— En que todo el mundo le dice *ca-bra, ca-bra, ca-bra*...

— ¿En qué se parece un sombrero al Sol?

— En que se pone.

José Echevarría.

— ¿En qué se parece la Moragas a un cuchillo?

— En que no es *na-baja*.

María Luisa Pereira. — Bilbao.

Estaba a punto de naufragar un buque, y todos los pasajeros se encomendaban a Dios ante la horrorosa catástrofe que se avecinaba.

Un pasajero, a pesar del inminente peligro, se puso a comer bacalao crudo con la mayor tranquilidad.

— Pero ¿cómo es posible — le dijo el capitán del buque — que tenga usted ganas de comer viendo que estamos a punto de irnos a pique?

— Es que, como hemos de tragar mucha agua, quiero tener bastante sed...

Santiago Santacreu. — Madrid.

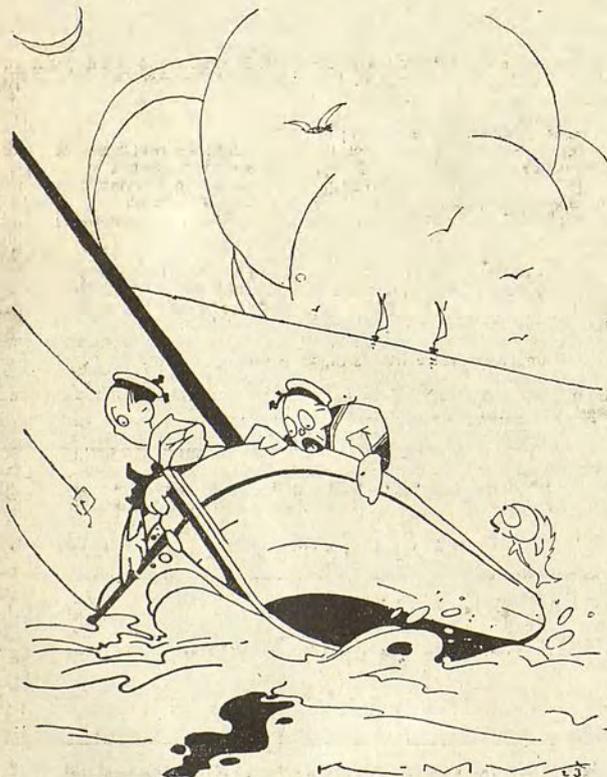
— ¿En qué se parece el Directorio a un perro y a un gato?

— En que el perro hace *guau*, el gato... hace *miau*, y el Directorio *ha cerráu* las tabernas a las ocho.

Fernando Peña. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Rubito, de Madrid**.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



Dib. K-Mus. — Madrid.

— Mira, Antoñito, un banco... ¿Quieres que descansemos un poquito?...

En nuestros escaparates
encontrará usted los
MEJORES REGALOS PARA
AÑO NUEVO y REYES

Cuesta

— PRÍNCIPE, 10 —

Preciosos objetos fantasía
para escritorio.

JUGUETES

SU AMABLE VISITA MERECE
TODA NUESTRA ATENCIÓN

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

| | |
|-----------------------------|---------------|
| Trimestre (13 números)..... | 5,20 pesetas. |
| Semestre (26 —)..... | 10,40 — |
| Año (52 —)..... | 20 — |

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

| | |
|-----------------------------|---------------|
| Trimestre (13 números)..... | 6,20 pesetas. |
| Semestre (26 —)..... | 12,40 — |
| Año (52 —)..... | 24 — |

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

| | |
|----------------|------------|
| Trimestre..... | 9 pesetas. |
| Semestre..... | 16 — |
| Año..... | 32 — |

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

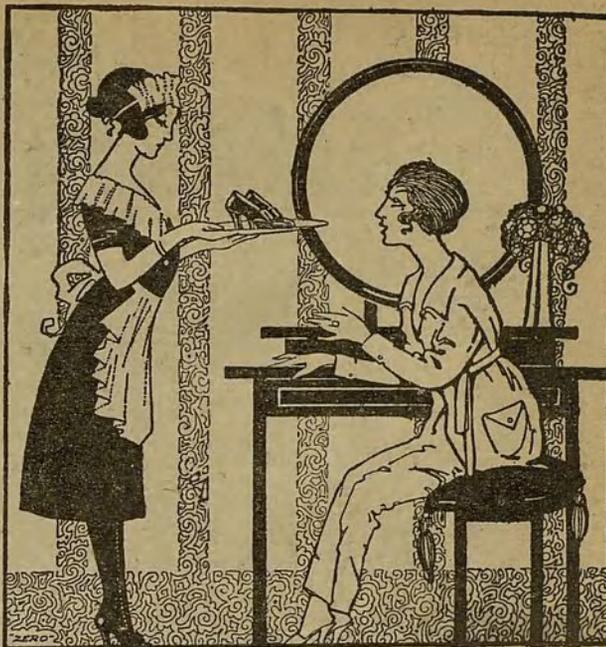
Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

| | |
|--------------------|--------------|
| Semestre..... | \$ 6,50 |
| Año..... | \$ 12,— |
| Número suelto..... | 25 centavos. |

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS SOLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fina y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelifero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA,

marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfina y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— Canarias: droguerías de A. Espinoso. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



PAPÁ, MAMÁ Y YO
usamos todas las mañanas la
P A S T A D E N S

Deja en la boca el sabor de un delicioso bombón, perfumado y refrescante. Limpia la dentadura con la suavidad de una esponja. dándole una blancura y un brillo insuperables.

PERFUMERÍA GAL.-MADRID